



CHINGUIZ
AITMÁTOV
YAMILA

Lectulandia

Yamila es una bellísima historia de amor contada con la inspirada sensibilidad de uno de los más importantes escritores soviéticos del siglo pasado. Las páginas de este breve relato sorprenden por su sencillez y por su profundidad y nos introducen en el mundo interior de unos seres cuyo único patrimonio es su capacidad para elevarse por encima de una realidad cotidiana sórdida y angustiosa. Una extraordinaria novela, de las que se recuerdan toda la vida, sea cual sea la edad del lector.

Lectulandia

Chinguiz Aitmatov

Yamila

ePub r1.1

Titivillus 30.12.14

Título original: *Dzhamilia*
Chinguiz Aitmatov, 1958
Traducción: Isabel Vicente
Diseño de cubierta: Josep M^a Rius (Joma)

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Contemplo de nuevo este pequeño cuadro de marco sencillo. Mañana por la mañana salgo para el aíl^[1], y examino el cuadro con mirada larga y fija, como si pudiese brindarme alguna palabra de despedida.

Es un cuadro que no he presentado nunca a ninguna exposición. Más aún, procuro ocultarlo cuando viene a visitarme algún familiar del aíl. No es que haya nada vergonzoso en él, pero está lejos de ser una obra de arte. Es sencillo, tan sencillo como la tierra que representa.

Al fondo del cuadro hay un retazo de cielo otoñal, desvaído. El viento persigue rápidas nubes grises sobre una sierra lejana. En primer plano está la estepa, revestida de ajeno, de un color rojo pardusco, y un camino negro, que aún no se ha secado tras las recientes lluvias. Al borde, se alzan prietos unos arbustos de estípides con sus ramas secas, partidas. Siguiendo una fangosa rodada, han dejado sus huellas los pasos de dos caminantes. Cuanto más se alejan, más se difuminan, y se diría que sólo les falta dar otro paso para salirse del marco. Uno es... Aunque, ¿para qué adelantar acontecimientos?

Fue algo que sucedió durante mi adolescencia. Corría el tercer año de la guerra. En los lejanos frentes, allá por Kursk y Oriol, combatían nuestros padres y hermanos mientras nosotros, jóvenes de quince años, trabajábamos en el koljós^[2]. Sobre nuestros hombros, aún endeble, había recaído el fatigoso y cotidiano trabajo de la tierra. Las jornadas más duras eran las de la recolección de la cosecha. Estábamos semanas enteras sin aparecer por nuestras casas y nos pasamos los días y las noches en el campo, en las eras o en el camino de la estación adónde llevamos el grano. Uno de esos días tórridos, en que las hoces parecen ponerse al rojo vivo de tanto segar, volvía yo de la estación en mi carro vacío y decidí acercarme a casa.

Al lado mismo del vado, en el cerro donde termina la calle, se levantan las casas rodeadas por recia cerca de adobes. En torno a ellas se alzan unos álamos. Son nuestras casas. Nuestras dos familias viven una junto a otra desde tiempo inmemorial. Yo soy de la Casa Grande. Tengo dos hermanos solteros mayores que yo. Los dos marcharon al frente y hace mucho tiempo que no recibimos noticias suyas.

Mi padre, viejo carpintero, se marchaba a su taller situado en la hacienda central,

tras rezar sus oraciones, apenas despuntaba el día, y no regresaba hasta muy entrada la noche. En casa quedaban mi madre y mi hermana. En la casa contigua —o la Casa Pequeña, como la llamaban en el pueblo— viven unos los parientes próximos. Nuestros bisabuelos o tatarabuelos, fueron hermanos pero yo los llamo próximos porque constituíamos una sola familia. Es una costumbre que se remonta a los tiempos de la vida trashumante, cuando nuestros abuelos acampaban juntos y juntos apacentaban el ganado. Nosotros conservamos esa tradición. Cuando llegó la colectivización al aíl, nuestros padres hicieron sus casas una junto a otra. Además, no solamente en esas dos casas, sino también en todas las de la calle de Aral, que atraviesa el aíl, entre dos ríos, habitan parientes nuestros; todos somos de la misma tribu.

Poco después de la colectivización murió el amo de la Casa Pequeña. Dejaba mujer y dos hijos de corta edad. Según las antiguas leyes tácitas del Adat^[3], que todavía se observaban en el aíl, no se debía dejar sola a la viuda con sus hijos, y nuestros paisanos la casaron con mi padre. Era una obligación impuesta por el respeto al espíritu de los antepasados, ya que mi padre era el pariente más inmediato del difunto.

Así surgió nuestra segunda familia. La Casa Pequeña era considerada como una hacienda independiente con su huerto y su ganado; pero, en realidad, formábamos una sola familia.

De la Casa Pequeña habían partido los dos hijos para el frente. El mayor, Sadik, marchó poco después de casarse. De ellos sí recibíamos cartas, aunque muy espaciadas.

En la Casa Pequeña había quedado la madre —a la que yo llamaba kichi apa o madre menor— y su nuera, la mujer de Sadik. Ambas trabajaban en el koljós de sol a sol. Mi kichi apa, mujer bondadosa, dócil e inofensiva, no quedaba a la zaga de las jóvenes, ya se tratara de cavar acequias o de regar los campos. En una palabra, que sabía manejar la azada. Como si deseara recompensarla, el destino le había enviado una nuera laboriosa. Yamila hacía buena pareja con su suegra por lo infatigable y habilidosa, aunque era algo distinta de carácter.

Yo quería mucho a Yamila. Y ella a mí también. Pero aunque éramos muy amigos, no nos atreveríamos a llamarnos por el nombre. Si hubiéramos sido de familias distintas, yo, naturalmente, la habría llamado Yamila. Pero la llamaba yene, apelativo que corresponde a la esposa del hermano mayor, y ella a mi kichine bala, que quiere decir niño pequeño, aunque yo no era pequeño ni mucho menos y nos separada una diferencia insignificante de edad. Pero es una costumbre de nuestros pueblos las cuñadas llaman kichine bala o moi kaini a los hermanos menores del marido.

La administración de las dos casas corría a cargo de mi madre. La ayudaba mi hermana, graciosa chiquilla con hilos entretejidos en las trenzas. No olvidaré nunca el afán con que trabajaba en aquella época difícil. Unas veces, sacaba a pastar los

corderillos y los terneros de las dos casas, otras recogía estiércol y leña seca para que hubiera siempre combustible. Y era esta niña de nariz respingona la que distraía la soledad de mi madre, ahuyentando el triste recuerdo de los hijos desaparecidos.

Nuestra numerosa familia debía a mi madre la paz y la abundancia que disfrutamos. Ella era la dueña absoluta de ambas casas, la guardiana del hogar. Había entrado muy joven en la familia de nuestros abuelos nómadas y desde entonces honrada religiosamente su memoria, gobernando las familias con toda equidad. En el pueblo era respetada como el ama de casa más honorable, más íntegra y experimentada. La verdad es que mi padre no era reconocido como el jefe de familia en el aíl. Más de una vez oí decir a la gente con cualquier motivo: «Deja al ustaka —ustaka es el título que se da entre nosotros a los maestros de algún oficio—. Él no entiende más que de su hacha. Quien manda en la familia es la madre mayor. Vete a ella, será lo más acertado».

Debo decir que yo, a pesar de mi juventud intervenía, muchas veces en los asuntos de la casa. Esto sólo era posible por haberse marchado mis hermanos mayores al frente. Por eso, frecuentemente, me llamaban medio en broma medio en serio, el yiguit, es decir, el amparo y sustento de las dos familias. Orgulloso de este apelativo, nunca me abandonaba en un sentimiento de responsabilidad. Además, mi madre estimulaba esta independencia. Quería que yo fuese un hombre entendido y hábil para la hacienda, y no como mi padre, que se pasaba el día entero serrando y cepillando madera en silencio.

Así pues, detuve mi carro junto a la casa, a la sombra de un sauce, aflojé las riendas y, cuando me dirigía hacia la puerta de la cerca, vi en el patio a Oromat, nuestro jefe de equipo. Estaba, como siempre, a caballo, con la muleta atada a la silla, y discutía con mi madre, de pie frente a él. Al acercarme oí a mi madre:

—¡Nunca, en los días de mi vida! ¡Tú no tienes perdón de Dios! ¿Dónde se ha visto que una mujer lleve sacos en un carro? ¡Quia! Deja a mi nuera en paz, y que trabaje como lo ha venido haciendo hasta ahora. ¡Pero si yo no tengo un momento de respiro, con dos casas a mi cargo! Y menos mal que va creciendo mi hija... Llevo ya una semana sin poder enderezar la espalda, me duelen los riñones como si hubiera estado hilando, ¡y mira el maíz, secándose, sin agua!

Hablaba impetuosamente metiendo a cada instante la punta del turbante por el cuello del vestido, gesto habitual en ella cuando se enfadaba.

—¿Qué se puede hacer con una mujer así? —gritó desesperado Oromat, balanceándose en su silla—. ¿Cree usted que vendría yo con esta embajada si tuviera mi pierna en lugar de este muñón? Haría lo que hacía antes: cargar los sacos y arrear los caballos yo mismo... Ya sé que ése no es trabajo de mujeres: pero ¿dónde encuentro hombres?... Por eso hemos decidido recurrir a las mujeres de los soldados. Si usted le prohíbe a su nuera que haga este trabajo, a nosotros nos ponen de vuelta y media... Hay que entregar el grano para los soldados y echamos abajo el plan. ¿Qué es esto? ¿Adónde vamos a parar?

Yo me acercaba a ellos arrastrando el látigo y, al verme, el jefe del equipo se llevó una gran alegría: al parecer, mi presencia le había sugerido alguna idea.

—Bueno, si tanto quiere cuidar a Yamila, ahí tiene usted a su kaini, que no consentirá que se le acerque nadie —dijo señalándome con alegría—. ¡De eso puede estar segura! Seit es un buen muchacho. Estos chicos son nuestra salvación, los que nos sacan adelante...

Mi madre no le dejó acabar.

—¡Señor! ¡Pero cómo viene este hijo mío! ¡Si parece un vagabundo! —comenzó a lamentarse—. ¡Y qué greñas! ¡Hay que ver al padre también!... No encuentra tiempo ni para afeitarse la cabeza a su hijo...

—Bueno, ya está: Seit se queda hoy aquí con sus viejos y se afeita la cabeza —corroboró Oromat, siguiéndole la corriente a mi madre—. Quédate hoy en casa, Seit, échales pienso a los caballos, y mañana por la mañana vienes con Yamila. Le daremos un carro y trabajaréis juntos. Y tú me respondes de ella, ¿eh? No se preocupe usted, que Seit estará a su lado. Además, para mayor seguridad, pondré con ellos a Daniar. Ya le conoce usted: ese que ha vuelto hace poco del frente, un muchacho incapaz de faltarle a nadie. Los tres se dedicarán a acarrear el carro hasta la estación. ¿Quién va a atreverse a molestar a su nuera? ¿No es cierto, Seit? Vamos a ver, ¿tú que piensas? Quiero poner a Yamila a conducir un carro, pero tu madre no lo consiente. Procura convencerla tú.

Yo me sentí orgulloso del elogio de Oromat y de ver que solicitaba mi consejo como el de un hombre hecho y derecho. Además, en seguida me imaginé lo agradable que sería ir con Yamila a llevar el grano a la estación. Y poniendo cara seria le dije a mi madre:

—¿Qué le va a pasar? ¡Ni que se la fueran a comer los lobos!

Luego, como un jinete consumado, escupí entre dientes, y eché a andar arrastrando el látigo y moviendo los hombros con ademán severo.

—¡Pero, bueno! —exclamó mi madre, entre sorprendida y satisfecha, aunque en seguida gritó mostrando enfado—: ¡Ya te voy a dar yo a ti lobos! ¡Habrás visto cuánto sabe!

—¿Y quién va a saber las cosas sino él, que es el yiguit de las dos familias? ¡Ya puede estar orgullosa! —dijo Oromat en mi defensa, mirando temeroso a mi madre, por si volvía a encerrarse en su negativa.

Pero, sin ofrecer más resistencia, mi madre, abatida de pronto, se limitó a decir con un profundo suspiro:

—¡Qué va a ser un yiguit! No es más que una criatura y se pasa el día y la noche trabajando... Nuestros yiguits, tan gallardos, están sabe Dios dónde. Nuestras casas han quedado vacías como un campamento abandonado...

Me había alejado ya bastante y no oí lo que seguía diciendo mi madre. Al pasar, pegué un latigazo contra una esquina de la casa levantando una nube de polvo y, sin contestar siquiera a la sonrisa de mi hermana, que hacía ladrillos de estiércol y paja

en el patio, me dirigí gravemente hacia el cobertizo. Una vez allí, me lavé las manos sin prisa, acurrucado, echando agua de un jarro. Luego entré en casa, me bebí una taza de leche cuajada y llevé otra al poyo de la ventana para migar pan en ella. Mi madre y Oromat seguían en el patio. Pero ya no discutían; ahora charlaban con calma, a media voz. Debían estar hablando de mis hermanos, porque mi madre se secaba a cada momento los ojos con la manga del vestido, y asintiendo ensimismada a las palabras de Oromat, que sin duda trataba de consolarla, dejaba bajar su mirada nebulosa a lo lejos, por encima de los árboles, como si esperase ver allí a sus hijos.

Abandonada a su dolor, parecía que mi madre había aceptado la propuesta de Oromat. Y él, encantado de haber conseguido su propósito, arreó al caballo, que salió del patio con paso rápido.

Naturalmente, ni mi madre ni yo sospechábamos entonces cómo iba a terminar todo aquello.

Yo no tenía la menor duda de que Yamila supiera conducir un carro de dos caballos.

Ella los conocía muy bien por ser hija de un pastor de caballadas del aíl montañoso de Bakair. Nuestro Sadik había desempeñado el mismo oficio. Parece ser que una vez, en las carreras que suelen celebrarse en primavera, no había logrado dar alcance Yamila. Ignoro si era verdad, pero se decía que, después de semejante afrenta, Sadik la había raptado. Aunque otros aseguraban que se habían casado por amor. Sea como fuere, el caso es que sólo habían vivido cuatro meses juntos. Luego estalló la guerra y Sadik fue llamado a filas.

No sé si sería porque Yamila había cuidado desde pequeña la caballada con su padre, y como hija única, había hecho de hija e hijo, pero el caso es que en su carácter aparecían ciertos rasgos varoniles, un algo rudo, y a veces incluso brusco. Yamila trabajaba con tesón. A la par de los hombres. Era capaz de llevarse bien con las vecinas, pero si la zaherían sin razón, no le ganaba nadie en los insultos e incluso se dieron casos de agarrarle a alguna por los cabellos.

Más de una vez habían venido los vecinos a quejarse:

—Pero ¿qué nuera tienen ustedes? No hace dos días que entró en la casa y no sabe controlar su lengua. Para ella no existe el respeto ni las buenas maneras.

—Más vale que sea así —contestaba mi madre—. A nuestra nuera le gusta decir las cosas claras. Es mejor que andar con tapujos y clavar el aguijón por la espalda. Las de ustedes parecen mansitas, pero como son como los huevos podridos: muy limpios y muy lisos por fuera, pero hay que taparse la nariz en cuanto se parten.

El padre y la madre menor no empleaban nunca con Yamila la severidad y el rigor que corresponden al suegro y a la suegra. La trataban con bondad, la querían, y sólo deseaban una cosa: que no traicionara su fe a Dios y al marido.

Yo los comprendía. Después de haber visto partir a cuatro hijos hacia el frente, en Yamila, la única nuera de las dos casas, encontraban su consuelo, y por eso la trataban así. Pero a quien no comprendía yo era a mi madre, incapaz de conceder su afecto así por las buenas. Mi madre tenía un carácter autoritario y rígido. Vivía ateniéndose a sus propias normas y no las traicionaba nunca. Todos los años, al llegar la primavera, montaba en el patio la yurta^[4], que mi padre había fabricado en su juventud cuando hacían vida trashumante, y la sahumaba con enebro. A nosotros nos había educado también rigurosamente en el amor al trabajo y el respeto a los

mayores. Exigía una obediencia incondicional de todos los miembros de la familia.

Pero Yamila, desde que llegó a nuestra casa, se había mostrado muy distinta a como debería ser una nuera. Es verdad que hacía caso a los mayores y los obedecía, pero nunca inclinaba la cabeza ante ellos; en cambio, tampoco murmuraba como hacían otras. Decía siempre francamente lo que pensaba y no temía exponer sus opiniones. Mi madre la apoyaba muchas veces, mostrándose de acuerdo con ella, pero siempre era la suya la palabra decisiva. Pienso que mi madre veía en Yamila, en su rectitud y franqueza, a una persona de su igual y, en el fondo, soñaba con cederle algún día su puesto y hacer de ella una ama de casa revestida de autoridad, una mujer respetada, guardiana del hogar, como había sido ella.

—Dale gracias a Alá, hija mía —le recomendaba mi madre—, por haberte traído a una casa recta, bendita por él. Ésa es tu felicidad. La felicidad de la mujer consiste en traer hijos al mundo y lograr que reine la abundancia en casa. A ti te quedará, gracias a Dios, todo lo que hemos ido reuniendo nosotros, los viejos, porque nadie se lleva nada a la tumba. Pero a la felicidad le gusta vivir con quien sabe guardar su honor y dignidad. No lo olvides y compórtate...

Sin embargo, en Yamila había algo que confundía a sus suegras: era tan alegre y abierta como un niño pequeño. A veces, sin razón aparente, empezaba a reír a carcajadas. Y cuando volvía del trabajo no entraba lentamente en el patio, entraba corriendo y saltando la acequia. Y, sin venir a cuento, se ponía a besar y abrazar a una u otra suegra.

También le gustaba a Yamila cantar y siempre andaba tatareando algo, sin importarle la presencia de los mayores. Desde luego, nada de esto correspondía a la idea establecida en el aíl sobre la conducta de la nuera en casa de los suegros; pero las madres se tranquilizaban diciéndose que Yamila cambiaría con el tiempo: de jóvenes, todas son iguales. Para mí, no había nadie en el mundo mejor que Yamila. Nos divertíamos mucho juntos, podíamos reír a carcajadas sin razón alguna y perseguirnos por el patio.

Yamila era realmente hermosa. Alta, esbelta, con cabellos lisos y fuertes recogidos en dos prietas y pesadas trenzas, cubría graciosamente su cabeza con un pañuelo blanco que inclinaba un poco al bies sobre la frente, lo que le sentaba muy bien y ponía un bello matiz en la piel morena y tersa de su rostro. Cuando Yamila reía, sus ojos rasgados, de un negro brillante, chispeaban llenos de ardor juvenil y, cuando de pronto entonaba las pícaras coplas del aíl, asomaba a sus pupilas un brillo de mujer.

Yo había advertido muchas veces que los yiguits, sobre todo los que regresaban del frente, se la comían con los ojos. A Yamila también le gustaba coquetear: pero, en realidad, sabía parar los pies a los que se propasaban. Sin embargo, esto era algo que siempre me dolía. Yo estaba celoso de Yamila y si advertía a algún joven junto a ella, procuraba ahuyentarle de una u otra manera. Me engañaba y los miraba con tanta furia como sin con mi aspecto quisiera decir: «¡Menos bromas! Es la mujer de mi

hermano y no vayáis a pensar que no tiene quien la defienda».

En esos momentos, viniera o no a cuento, me metía en la conversación con deliberado desenfado, intentaba poner en ridículo a los admiradores y cuando no lo conseguía, perdía el dominio de mí mismo y resoplaba con la cabeza baja. A los muchachos se les soltaba la risa:

—¡Pero, miradle! ¡Si resulta que es su yene! ¡Qué gracia! ¡Y nosotros sin saberlo!

Yo hacía de tripas corazón, pero notaba que el rubor me quemaba las orejas, y las lágrimas afluían a mis ojos de rabia. Yamila, mi yene, me comprendía. Ponía cara seria, conteniendo a duras penas la risa que se le escapaba.

—¿Vosotros os habéis creído que a una yene se la encuentra en la vuelta de la esquina? —decía, puesta en jarras, a los yiguits—. Eso será a las vuestras, pero a mí no. Vámonos de aquí, kaini. ¡No les hagas caso! —Y muy erguida la cabeza, presumiendo ante ellos, alzaba desdeñosa los hombros y se alejaba conmigo, sonriendo en silencio.

En aquella sonrisa veía yo alegría y pesar. Es posible que pensara: «¡Qué tonto! Si yo quisiera portarme mal, ¿quién iba a impedírmelo? Aunque toda la familia os pusierais a vigilarme, sería inútil». En esas ocasiones, yo callaba con silencio culpable. Sí, yo tenía celos de Yamila, la admiraba, estaba orgulloso de que fuera mi yene, orgulloso de su belleza y de su carácter independiente. Éramos los mejores amigos y no había secretos entre nosotros.

Por aquellos días había pocos hombres en el pueblo. Aprovechando esa circunstancia, algunos mozos se comportaban insolentemente con las mujeres y las trataban con desdén como queriendo decir: no vale la pena de molestarse uno, si con sólo levantarse uno, si con sólo levantar un dedo acuden como las moscas.

Una vez, durante la siega, un lejano pariente llamado Osmón empezó a importunar a Yamila. Él también era de los que creían que ninguna podría resistírsele. Yamila apartó enojada su mano y se levantó de junto al almiar a cuya sombra descansaba.

—¡Déjame en paz! —dijo de mal humor y le volvió la espalda—. Aunque, ¿qué se puede esperar de vosotros, potros salvajes?

Osmón, tendido al pie del almiar, entreabrió en una sonrisa desdeñosa sus labios húmedos.

—A la gata siempre le parece pocha la carne cuando está colgada muy alto... ¿A qué vienen tantos remilgos? Seguro que tienes tantas ganas como cualquiera, aunque lo disimules.

Yamila se volvió rápidamente con gesto brusco.

—¿Y si así fuera? Ésa es la suerte que nos ha tocado y tú, imbécil, te ríes. Pero mira: habría de estar cien años mi marido en la guerra y no me rebajaría yo a mirar a alguien como tú. Me das asco. Si no fuera por la guerra, no encontrarías siquiera quien hablase contigo.

—Eso mismo digo yo. Como ha venido la guerra, estás rabiosa sin tu marido.

Otra cosa que te haría decir si fueras mi mujer —bromeó Osmón.

Yamila se habría abalanzado sobre él y le habría dicho cualquier cosa, pero se contuvo: comprendió que no merecía la pena. Posó en él una larga mirada de odio. Luego escupió con un gesto de asco, levantó del suelo su horca y se alejó.

Yo estaba montando en un carro, detrás del almiar. Al verme, Yamila echó a andar resuelta hacia otro lado. Había comprendido cual era mi estado de ánimo.

Tenía yo la misma sensación que si me hubieran ofendido a mí y no a ella. Dolorido le reproché:

—¿Por qué tratas con gente así? ¿Por qué les hablas?

Yamila estuvo sombría y triste hasta la noche, sin dirigirme una sola palabra ni sonreír como antes. Para no dejarme hablar de la horrible ofensa que encerraba su pecho, Yamila, en cuanto se acercaba a ella mi carro, clavaba briosamente la horca en un montón de heno y levantándolo a pulso, de un golpe, lo ponía delante ocultando el rostro. Llegaba, soltaba su fardo, y en seguida corría a otro montón. El carro se llenaba rápidamente. Al alejarme volvía la cabeza y la veía permanecer unos instantes, abatida y pensativa, apoyada en el mango de la horca, hasta que, rehaciéndose, se ponía nuevamente al trabajo. Cuando cargamos el último carro, Yamila permaneció largo rato ajena a todo, contemplando el ocaso. Allá abajo, al otro lado del río, en el extremo de la estepa kazaja llameaba como la boca de un tandir^[5] ardiente el sol agonizante del crepúsculo. Se sumergía poco a poco detrás del horizonte, tiñendo con su resplandor purpureo las blandas nubecillas del cielo y lanzando los últimos destellos sobre la estepa lila, cuyas depresiones estaban ya cubiertas por un velo azulado. Yamila contemplaba la puesta de sol con el mismo arrobamiento que si se tratara de una visión fabulosa. Su rostro irradiaba dulzura y sus labios entreabiertos sonreían dulcemente, de forma infantil. Y entonces fue cuando Yamila, como si respondiera a los reproches no pronunciados, que todavía querían escaparse de mi boca, se volvió hacia mí y dijo con el tono de quien prosigue una conversación:

—¡Deja ya de pensar en él, kichine bala, que se vaya al diablo! ¿Se puede considerar a eso un hombre?... —Yamila calló, acompañando con la mirada el filo del sol que se extinguía y, después de exhalar un suspiro, prosiguió pensativa—: Los que son como Osmón ¿cómo pueden saber lo que uno lleva en el corazón? Nadie lo sabe... Es posible que no haya en el mundo ningún hombre que lo sepa...

Mientras yo hacía volver grupas a los caballos, Yamila corrió hasta unas mujeres que se encontraban un poco apartadas de nosotros, y al poco tiempo oí sus voces, sonoras y alegres. Yo no hubiera podido decir lo que le había ocurrido, si notó que se le iluminaba el alma al contemplar la puesta del sol o si experimentaba simplemente la alegría de haber trabajado bien. Miré a Yamila desde lo alto del heno que llenaba mi carro. Se había quitado el pañuelo que cubría su cabeza y, con los brazos muy

abiertos, corría tras una amiga por el prado segado, ya sombrío. El vuelo de su vestido aleteaba al viento.

También mi pesar voló de pronto: «¿Merecía la pena pensar en las habladurías de Osmón?».

—¡Arre! —grité de pronto a los caballos estimulándolos con el látigo.

Aquel día, según me había pedido Oromat, decidí esperar a mi padre para que me afeitara la cabeza y, entretanto, me puse a contestar una carta de Sadik. También para esto existían en la familia unas normas establecidas: los hermanos escribían las cartas a nombre de mi padre, el cartero del aíl se las entregaba a mi madre y mi obligación era leerlas y contestarlas. Antes de comenzar la lectura sabía de antemano lo que Sadik había escrito. Todas sus cartas se parecían como los corderillos de un rebaño. Sadik empezaba invariablemente con estas palabras: «Les deseo mucha salud», a lo que seguía sin falta: «Envío esta carta por correo a mis familiares que viven en el fragante y próspero Talas: a mi amadísimo y queridísimo padre, Yolchubái...». Luego seguía mi madre, luego la suya y todos nosotros por riguroso orden. A continuación venían las inevitables preguntas sobre la salud y el bienestar de los aksakales^[6] del clan, de los parientes próximos y, únicamente al final, como apremiado, añadía Sadik: «y también mando un saludo a mi esposa, Yamila...».

Naturalmente, cuando viven el padre y la madre, cuando se tienen en el aíl aksakales y parientes próximos, es violento, incluso indecoroso, citar a la mujer en primer término y, más aún dirigirla las cartas a ella. Ésta es una opinión no solamente de Sadik, sino también de todo hombre que se precie, y de nada servía darle vueltas: la costumbre estaba así establecida en el aíl y no nos fijábamos en ella. Menos aún se nos podía ocurrir criticarla. Además, cada carta era un acontecimiento tan ansiado y feliz...

Mi madre me hacía releer varias veces las cartas, luego las tomaba fervorosamente en sus manos agrietadas, y sostenía la cuartilla con tanto cuidado como si fuera un avecilla que pudiese echar a volar de un momento a otro. Moviendo penosamente sus dedos rígidos, doblaba al fin la carta en forma de triángulo. «¡Hijos míos! Conservaremos vuestras cartas como un talismán —murmuraba con voz entrecortada por las lágrimas—. Pregunta por el padre, por la madre, por el resto de la familia... ¿Qué puede pasarnos a nosotros estando aquí, en nuestro aíl? Pero ¿y allá? Con unas letras que nos pongáis diciendo que estáis bien, nos basta. No necesitamos nada más...».

La madre aún contemplaba durante largo rato el triángulo, luego lo escondía en una bolsita de piel donde se guardaban todas las cartas y la encerraba bajo llave en el baúl.

Si en ese momento se encontraba Yamila en casa, entonces también se le daba a leer la carta. Cada vez que ella cogía el triángulo en su mano, notaba cómo se ruborizaba. Leía para sí, ávidamente, recorriendo apresuradamente las líneas con los ojos. Pero, según se acercaba al final, sus hombros se relajaban y el fuego de sus mejillas se apagaba lentamente. Fruncía sus cejas altivas y, sin leer las últimas líneas, devolvía la carta a la madre, con tan fría indiferencia como si de algo prestado se tratase.

La madre, aparentemente, comprendía a su manera el estado de ánimo de su nuera y se esforzaba en consolarla.

—Pero ¿qué tienes? —decía cerrando el baúl—. En lugar de alegrarte, te quedas toda triste. ¿Acaso eres tú la única que tiene su marido en el frente? No creas que eres tú sola. Es el mal del pueblo entero. Sopórtalo, pues, con el pueblo. ¿Tú crees que no hay otras que se apenan y sufren por no tener a sus hombres con ellas? Sufre, pero en silencio, guarda el dolor en tu pecho.

Yamila callaba, pero su mirada fija y angustiosa parecía decir: «¡Usted no entiende nada, madre!».

Aquella vez, la carta de Sadik venía de Sarátov, donde estaba hospitalizado. Sadik decía que para el otoño, si Dios quiere, vendría a casa a causa de la herida. Eso nos lo había dicho ya antes, y todos nos alegrábamos pensando que pronto le volveríamos a ver.

De todas maneras, aquel día yo no estaba en casa; había ido a la era. Allí solía pasar la noche. Llevé los caballos hasta un campo de alfalfa y allí los trabé. El presidente del koljós no permitía pastar al ganado en la alfalfa; pero yo, para tener los caballos en buen estado, infringía la prohibición. Había descubierto un lugar recóndito en una hondonada. Y así, de noche, nadie podía advertir nada. Pero esta vez, cuando solté los caballos y los llevé hacia el campo de alfalfa, me encontré con que alguien ya había soltado allí otros cuatro. Eso me indignó. Como yo tenía a mi cargo un carro con dos caballos, tenía el derecho de indignarme. Sin pensarlo poco ni mucho iba a echar de allí a los caballos para dar una lección al impertinente que había irrumpido en mis dominios, cuando reconocí dos de ellos: eran los de Daniar, el mismo de quien había hablado aquella tarde Oromat. Al recordar que, desde el día siguiente, debíamos trabajar juntos en el acarreo de grano a la estación, dejé a los caballos en paz y volví a la era.

Allí me encontré a Daniar. Acababa de engrasar las ruedas de su carro y en ese momento ajustaba las tuercas de los ejes.

—Daniké, ¿son tuyos los caballos que hay en la hondonada? —le pregunté.

Daniar volvió lentamente la cabeza:

—Dos son míos.

—¿Y los otros?

—Son los de... ¿Cómo la llamas? Yamila, ¿no? ¿Qué es tuyo? ¿Tu yene? Los ha dejado aquí el jefe de equipo y me ha mandado cuidarlos.

¡Cómo me alegraba ahora de no haber espantado los caballos!

Llegó la noche y cesó la brisa que soplabla de las montañas. En la era reinaba el silencio. Daniar se acostó cerca de mí, al pie de un almiar, pero poco después se levantó y fue hacia el río. Se detuvo unos pasos más allá, sobre el ribazo, y permaneció largo rato con las manos en la espalda y la cabeza algo inclinada sobre el hombro. Se había vuelto de espaldas. Su larga silueta angulosa, como tallada a hachazos, resaltaba sobre el suave resplandor de la luna. Parecía prestar oído al rumor del río que, en la noche, crecía sonoro en las cascadas. O quizás escuchara otros ruidos y susurros nocturnos, imperceptibles para mí. «Se le ha ocurrido pasar la noche junto al río. ¡Qué tipo!», pensé con una sonrisa.

Daniar llevaba poco tiempo en nuestro aíl. Una vez acudió un chiquillo donde estábamos segando y dijo que había llegado al aíl un soldado herido, pero que no sabía quién era. ¡El alboroto que se armó! Porque, en el aíl, ya se sabe: en cuanto volvía alguien del frente, todos, desde el primero hasta el último, tanto niños como ancianos, corrían en tropel para verle, estrecharle la mano, preguntarle si no se había encontrado con algún familiar y enterarse de las novedades que traía. Así pues, se armó un griterío increíble. Todos se preguntaban: ¿Habrà vuelto mi hermano, o mi compadre? Y los segadores se apresuraron a ver quién era.

Resultó que Daniar era paisano nuestro, que había nacido en el aíl. Contaban que se quedo huérfano siendo muy niño y que anduvo de casa en casa, hasta que se fue a la estepa de Chakmak, a vivir con unos kazajos parientes suyos por línea materna. Como no había en el aíl parientes próximos, que le hicieran volver, acabaron por olvidarle. Cuando alguien le preguntaba cómo había vivido después de marcharse del aíl, Daniar contestaba de forma evasiva. De todas formas, se podía ver que había sufrido hasta la saciedad y que el destino se había cebado en él. La vida le había hecho rodar de aquí para allá por varias regiones. Durante mucho tiempo fue pastor de ovejas en las tierras saladas de Chakmak y, cuando se hizo mayor, fue a cavar canales a los desiertos, trabajó en nuevos sovioses^[7] algodnoneros y luego en las minas Angren, cerca de Tashkent, desde donde salió para el ejército.

La gente vio con buenos ojos la vuelta de Daniar a su aíl natal. «Con todo lo que ha tenido que rodar por tierras extrañas, ha vuelto. Quiere el destino que beba agua de la acequia que le ha visto nacer. Y no ha olvidado su lengua. Apenas si dice algunas palabras kazajas; por lo demás habla perfectamente». «El tulpar^[8] encuentra su yeguada hasta el fin del mundo. ¡Quién no ama a su patria y su pueblo! Has hecho bien en volver. Es una satisfacción para nosotros y para los espíritus de tus antepasados. Dios quiera que venzamos a los alemanes y vuelva la paz, entonces tú también crearas una familia como los demás y verás subir el humo sobre tu hogar», decían los viejos aksakales.

Al recordar a sus antepasados, quedó establecido con exactitud a qué familia pertenecía. Así apareció en nuestro aíl un nuevo pariente: Daniar.

Oromat, el jefe de equipo, llegó una vez al prado donde estábamos segando,

acompañado de aquel soldado alto y algo encorvado, que cojeaba de la pierna izquierda. Con el capote al hombro, andaba precipitadamente, procurando no quedar a la zaga del caballejo achaparrado de Oromat. Junto al largo Daniar, el jefe de la brigada, tan escaso de estatura y vivaracho, recordaba una inquieta chorcha. Los muchachos no pudieron contener la risa al verlo.

La pierna herida de Daniar, aún sin cicatrizar, no había recuperado el juego de rodilla. Eso le impedía manejar la guadaña, por lo que le pusieron con nosotros, los más jóvenes, en las máquinas segadoras. La verdad es que no nos gustó mucho. Lo que más nos desagradaba era su carácter introvertido. Daniar hablaba poco y, cuando lo hacía, se notaba que estaba pensando en otra cosa, que tenía no sé qué ideas y no se sabía si le veía a uno o no, aunque estuviera contemplándote fijamente con sus ojos pensativos y soñadores.

—Se conoce que el pobre muchacho no ha logrado olvidar el frente —decían de él los mayores.

Lo curioso era, sin embargo, que, pese a ese ensimismamiento constante, Daniar trabajaba con rapidez y precisión y, para quien no le conociera, hubiera podido parecer un hombre abierto y sociable. ¿Le habría enseñado su penosa infancia huérfana a ocultar sus sentimientos y sus ideas educando en él esa reserva? Quizá fuera eso.

Los labios finos de Daniar, marcados por breves arrugas en las comisuras, siempre estaban prietos, sus ojos tenían una mirada triste y tranquila, y únicamente las cejas, ágiles e inquietas, animaban su rostro enjuto, siempre cansino. A veces se le veía quedar absorto, como si escuchara algo imperceptible para los demás, y entonces aleteaban sus cejas y en sus ojos prendía un entusiasmo irrazonado. Luego, sonreía largamente y se alegraba no sé de qué. A nosotros, todo aquello se nos antojaba extraño. Además, también tenía otras rarezas.

Al terminar la jornada, desenganchábamos los caballos y nos reuníamos en torno a la cabaña esperando a que la cocinera hiciese la cena. Daniar, en cambio, se subía al monte y allí permanecía hasta que era de noche.

—¿Qué hará allá arriba? ¡Ni que le hubieran puesto de centinela! —decíamos riendo.

Un día, por curiosidad, yo también subí detrás de Daniar al monte. A mi entender, no había allí nada de particular. Alrededor, sumida en el crepúsculo lila, la vasta estepa se extendía hasta las montañas. Los campos sombríos, confusos, parecían diluirse lentamente en el silencio.

Daniar ni siquiera se dio cuenta de mi llegada; estaba sentado, con los brazos en torno a las rodillas, con la mirada perdida a lo lejos, ausente pero luminosa. Y volvió a darme la impresión de que escuchaba, suspenso, unos sonidos que no llegaban hasta mi oído. A veces quedaba absorto, con los ojos muy abiertos. Algo le angustiaba, y yo esperaba verle levantarse de un momento a otro y abrir su alma, pero no ante mí —a mí no me veía siquiera—, sino ante algo inmenso, inabarcable, que yo

desconocía. Y poco después, al mirarlo, ya no le reconocí: tenía un aspecto cansado y relajado, como si, simplemente, estuviera descansando después del trabajo.

En nuestro koljós, los prados que hay que segar están dispersos en la margen anegadiza del Kurkureu. No lejos de nosotros, el río sale de un desfiladero y echa a galopar por el valle, indómito y furioso. La época de la siega es la época de la crecida de los ríos de montaña. Por la tarde, el agua empezaba a subir turbia y espumosa. Hacia medianoche, me despertaba el imponente estremecimiento del río. Una noche azul, quieta, sumergía en la cabaña la mirada de sus estrellas. Un viento frío soplaba a bocanadas. La tierra dormía y sólo el río rugiente parecía avanzar terrible sobre nosotros. Por la noche, aunque nos hallábamos a cierta distancia de la orilla, el agua parecía estar tan sensiblemente cerca que un temor involuntario me invadía. ¿Y si nos arrastra? ¿Y si se lleva la cabaña? Mis compañeros seguían entregados al sueño profundo del segador, pero yo no conseguía dormir y salía al exterior.

En las tierras anegadizas del Kurkureu, la noche es hermosa y terrible. Aquí y allá, los caballos trabados ponen manchas negras en la pradera. Ahítos de pastar en la hierba perlada de rocío, ahora dormitan alertas, resoplando de vez en cuando. Y allí cerca, inclinando a algún húmedo y humilde sauce, el Kurkureu asalta la orilla con un rumor sordo de piedras arrastradas. El río no enmudece y llena la noche de un ruido imponente, furioso. Da miedo. Es terrible.

En esas noches me acordaba siempre de Daniar. Solía pasar la noche entre los montones de heno, al borde del río. ¿Cómo no tendrá miedo? ¿Dormirá o no? ¿Por qué pasará la noche solo junto al río? ¿Qué placer encontrará en ello? Era un hombre extraño, de otro mundo. ¿Dónde estará ahora? Miraba a uno y otro lado, pero no se veía a nadie. Las orillas se perdían en la lejanía formando suaves ondulaciones y a través de la oscuridad se adivinaba la cresta de las montañas. Allá arriba todo era silencio y estrellas.

Desde luego, ya era hora de que Daniar se hubiera hecho amigos en el aíl. Pero continuaba solitario, como si la amistad o la enemistad, el amor o el odio fueran desconocidos para él. Y en el aíl, ya se sabe: destaca el yiguit que es capaz de valerse y de valer a los demás, de hacer el bien, pero también a veces de causar daño; el que no les cede a los aksakales aguantando un festín o unos funerales. Ese tipo de hombre que también gusta a las mujeres.

Pero cuando un hombre como Daniar se mantiene apartado y no interviene en los asuntos cotidianos del aíl, entonces unos ni siquiera advierten su presencia y otros dicen condescendientes:

—A nadie le hace bien ni mal. El pobre sale adelante como puede. Bueno y ¡por qué no!...

Un hombre así, por regla general, es objeto de burlas o de compasión. Y nosotros, los adolescentes, que queríamos siempre aparentar más edad para alternar el plano de igualdad con los verdaderos yiguits, nos burlábamos constantemente de Daniar, si no delante de él, por lo menos a sus espaldas. Nos burlábamos incluso de que se lavara

el mismo la guerrera en el río. La lavaba y volvía ponérsela todavía húmeda; no tenía otra.

Sin embargo, lo más extraño es que, aunque Daniar parecía tan apacible e inofensivo, no nos atrevíamos a tratarle de igual a igual. Y no porque fuese mayor que nosotros —tres o cuatro años de diferencia no significaban nada y a otros de la misma edad les tuteábamos sin gastar muchos miramientos—, ni tampoco porque fuese hosco o se diese importancia, cosa que a veces inspira algo parecido al respeto. No; es porque su ensimismamiento taciturno y sombrío encerraba algo inaccesible, y eso nos contenía, aunque éramos capaces de burlarnos de cualquiera.

Quizá diera lugar a nuestra reserva un caso que me había ocurrido a mí. Yo era un chico muy curioso y a menudo mareaba a la gente a fuerza de preguntas. Tenía verdadera pasión por interrogar a los soldados que habían estado en el frente. Desde que Daniar apareció en la pradera, durante la siega, me puse a buscar la ocasión propicia para sonsacarle algo.

Una noche, después del trabajo, habíamos cenado y descansábamos tranquilamente en torno a la hoguera.

—Daniké, cuéntanos de la guerra hasta que vayamos a acostarnos —le pedí.

Daniar guardó silencio al principio, y hasta pareció ofendido. Estuvo un buen rato contemplando el fuego. Luego levantó la cabeza y nos miró.

—¿De la guerra dices? —preguntó y, como respondiendo a sus propios pensamientos, añadió sordamente—: No; más vale que vosotros no sepáis nada de la guerra.

Luego dio media vuelta, tomó una brazada de ramiza y, arrojándola a la lumbre, se puso a atizar el fuego sin mirar a nadie.

Daniar ya no dijo más. Pero, incluso en la breve frase que había pronunciado, dejaba bien sentado que no es posible hablar de la guerra nada más porque sí, que eso nunca puede ser una historia para pasar el rato hasta la hora de acostarse. La guerra ha impreso su huella sangrienta en lo más hondo del corazón humano y es doloroso hablar de ella. Yo sentía vergüenza de mí mismo. Y nunca volví a hacerle preguntas a Daniar acerca de la guerra.

Aquella velada se olvidó con la misma rapidez que se extinguió en el aíl el interés por el propio Daniar.

Al día siguiente a primera hora, Daniar y yo llevamos los caballos a la era. Yamila llegaba también en ese momento. Apenas nos vio desde lejos, grito:

—¡Eh, kichine bala! ¡Trae para acá mis caballos! ¿Dónde están las colleras? —Y lo mismo que si hubiera estado toda su vida dedicada a ese trabajo, se puso a inspeccionar los carros atentamente, probando con el pie si estaban encajados los cubos de las ruedas.

Cuando Daniar y yo nos acercamos, nuestro aspecto le causó risa. Las largas y delgadas piernas de Daniar nadaban en unas botas altas, de anchísima caña, que parecían dispuestas a escapársele de un momento a otro. Y yo arreaba el caballo con los talones curtidos y ennegrecidos de mis pies desnudos.

—¡Vaya una pareja! —exclamó Yamila con un alegre movimiento de cabeza, y al instante se puso a darnos órdenes—: ¡Venga, venga, daos prisa! ¡Hay que cruzar la estepa antes de que apriete el calor!

Agarró sus caballos por la brida, los condujo con mano segura hacia el carro y se puso a engancharlos.

Y mientras los enganchaba ella sola, tan sólo me preguntó una vez cómo debía colocar las riendas. A Daniar no le hacía el menor caso, lo mismo que si no estuviera allí.

La decisión y la retadora seguridad de Yamila, parecieron sorprender a Daniar. La miraba hostil, y al mismo tiempo íntimamente entusiasmado, apretando los labios con aire ausente. Cuando, silencioso, levantó de la báscula un saco lleno de grano para llevarlo al carro, Yamila arremetió contra él:

—¿Es que vamos a trabajar sin ayudarnos? ¡Quia, amigo, así no vale! Vamos. Trae acá esa mano. ¡Tú, kichine bala! ¿A qué esperas? Sube al carro y coloca los sacos.

Yamila había cogido la mano de Daniar y cuando levantaron juntos un saco sobre sus manos cruzadas, el pobre muchacho se sonrojó cohibido. Luego, cada vez que traían un saco con las manos firmemente entrelazadas y las cabezas casi juntas, veía yo el tormento de Daniar, cómo se mordía los labios y procuraba no mirar a Yamila a la cara. Ella, en cambio, no parecía advertir siquiera la presencia de su compañero y gastaba bromas a la encargada del peso. Cuando estuvieron cargados los carros y empuñamos las riendas, Yamila dijo riendo, con un guiño picaresco:

—¡Eh, tú, Daniar o como te llames! Tienes todo el aspecto de un hombre. Abre, pues, la marcha.

Siempre callado, Daniar se apresuró a poner en marcha el carro. «¡Infeliz de ti si encima eres tímido!», pensé yo.

Nos aguardaba un largo recorrido de unos veinte kilómetros a través de la estepa y luego por un desfiladero para llegar a la estación. Pero había algo bueno: desde que partíamos de la era hasta nuestro lugar de destino, el camino iba siempre cuesta abajo, de manera que no se cansaban nunca los caballos.

Nuestro aíl de Kurkureu se extiende al borde del río, en la falda de las Montañas Grandes, y no se pierde de vista, envuelto en las copas oscuras de los árboles, hasta que se penetra en el desfiladero.

En un día, sólo nos daba tiempo de hacer un viaje. Salíamos por la mañana temprano pero no llegábamos a la estación hasta después del mediodía.

Hacia un sol implacable, y en la estación había siempre un gran tumulto: carretas y carros llenas de sacos venidos de todo el valle, asnos y bueyes de los lejanos koljoses montañeses. Los conducían chiquillos o mujeres de soldados, quemados por el sol, con la ropa desteñida, los pies desnudos, desgarrados por las piedras y los labios agrietados del calor y el polvo.

En el portón del granero hay un cartel con estas palabras: «¡Hasta la última espiga para el frente!». En el patio todo es ajetreo, empujones y gritos de los carreteros. Allí al lado, detrás de una tapia baja, maniobra una locomotora que despide olor a carbonilla entre espesos remolinos de vapor.

Por delante, los trenes pasan con un rugido ensordecedor. Abriendo sus fauces babosas, los camellos gritan, rabiosos y desesperados, y no quieren levantarse del suelo.

En el granero se alzan montañas de grano bajo el tejado de chapa, recalentado por el sol. Hay que subir los sacos por una escala de tablas casi hasta el techo. El polvo y el olor del grano caliente cortan la respiración.

—¡Eh, tú, muchacho, a ver lo que haces! —grita desde abajo el encargado de recibir el grano, con los ojos irritados por el insomnio—. ¡Súbelo hasta arriba del todo! —añade mostrando el puño en señal de amenaza y suelta un juramento. ¿Por qué hará eso? Demasiado sabemos adónde hay que subir los sacos. Y los subimos. Si nosotros traemos este grano sobre nuestros hombros desde el campo, donde lo han cultivado y recogido mujeres, viejos y niños, donde ahora, en el momento más intenso de las labores, el mecánico se empeña en hacer funcionar una cosechadora, inservible ya desde hace tiempo, donde las espaldas de las mujeres se curvan sobre las hoces al rojo vivo, donde las tiernas manos de los niños recogen cuidadosamente cada espiga caída.

Todavía me parece sentir el peso de los sacos que cargaba sobre los hombros. Ése es un trabajo propio de los hombres más fuertes. Haciendo equilibrios, subía por las tablas crujientes y elásticas, apretando cuanto podía la punta del saco con los dientes

para retenerlo, para que no se me escapara. El polvo me escocía en la garganta, el peso me oprimía las costillas y unos círculos luminosos bailaban ante mis ojos. Cuántas veces agotadas las fuerzas a mitad de camino, notando que el saco se deslizaba inconteniblemente de mi espalda, sentí el deseo de dejarlo caer y de caer yo también con él. Pero detrás de mí subía más gente. También llevaban sacos. Eran muchachos de mi edad o mujeres de soldados, con hijos como yo. De no ser por la guerra, ¿cómo se les iba a permitir cargar con aquel peso? No, yo no tenía el derecho a rendirme cuando las mujeres estaban haciendo el mismo trabajo.

Delante de mí subía Yamila, con el vestido remangado por encima de las rodillas; veo cómo se tensan los recios músculos de sus lindas piernas morenas; veo con qué esfuerzo sostiene su cuerpo ágil, que cede elásticamente bajo el saco. Yamila, solamente a veces, se detiene un momento, como si notara que yo me debilito a cada paso.

—¡Aguanta, kichine bala, que ya queda poco!

Pero ella pronuncia estas palabras con voz ahogada y sorda.

Cuando descendíamos, después de vaciar los sacos, nos cruzábamos con Daniar. Subía por la trapa cojeando ligeramente, con paso recio y rítmico. Al llegar a nuestra altura, Daniar lanzaba sobre Yamila una mirada triste y ardiente mientras ella, enderezando la espalda, sacudía las arrugas de su vestido. Todas las veces la miraba de la misma manera, como si la viera por primera vez, pero Yamila seguía sin fijarse en él.

Era ya una costumbre: Yamila no le hacía el menor caso o se reía de él. Dependía del humor que tuviera. Por ejemplo: cuando íbamos por un camino, de pronto le venía una idea y me gritaba: «¡Deprisa, venga!», y arreando los caballos y agitando el látigo sobre su cabeza, los lanzaba al galope. Yo la seguía. Adelantábamos a Daniar, dejándole envuelto durante mucho rato en densas nubes de polvo. Aunque era una broma, no todo el mundo la hubiera soportado. Daniar, en cambio, no parecía ofenderse. Pasábamos por delante de él como una ráfaga, y él contemplaba con sombría admiración a Yamila que, de pie sobre el carro, reía a carcajadas. Yo volvía la cabeza. Daniar continuaba mirándola incluso a través del polvo. En su mirada había algo bondadoso que lo perdonaba todo, pero yo creía adivinar además una nostalgia obstinada y secreta. Ni las burlas ni la total indiferencia de Yamila habían sacado una sola vez de quicio a Daniar. Parecía haberse jurado soportarlo todo. Al principio me daba lástima de él y varias veces le dije a Yamila:

—¿Por qué te ríes de él, yene? ¡Es un muchacho tan inofensivo!

—¡Bah! —contestaba Yamila riendo despreocupadamente—. Si lo hago en broma. No te apures que no le pasará nada.

Luego, también yo empecé a gastarle bromas y a burlarme de Daniar tanto como Yamila. Comenzaban a desasosegarme sus extrañas miradas intensas. ¡Con qué ojos la contemplaba cuando se echaba un saco a la espalda! Y es que, en efecto, en aquella baraúnda, en aquel tumulto del patio semejante a un mercado, entre la gente ronca,

Yamila atraía las miradas; sus ademanes eran ligeros y precisos y su andar liviano, como si no pasara nadie. No se podía menos que admirarla. Para coger un saco puesto sobre el borde de un carro, Yamila se estiraba en un escorzo, adelantaba un hombro y echaba la cabeza hacia atrás, descubriendo su lindo cuello y arrastrando casi por el suelo sus trenzas quemadas por el sol. Daniar se detenía un instante, como por casualidad, y luego la seguía con sus ojos hasta la misma puerta. Pensaría sin duda que lo hacía de manera inadvertida, pero yo me daba cuenta de todo y aquello empezaba a desagradarme e incluso a ofender mis sentimientos, porque lo que yo no podía de ninguna manera era considerar a Daniar digno de Yamila.

«Pero ¡si incluso él se la come con los ojos...no digamos los demás!», pensaba indignado con todo mi ser. Y el egoísmo pueril, del que no me había desprendido todavía, hablaba en mí con más fuego que los celos. Y, en lugar de sentir compasión de Daniar, experimentaba ahora tal sentimiento de enemistad hacia él, que me alegraba cuando era objeto de burlas. Sin embargo, nuestras travesuras terminaron una vez de manera muy lamentable. Entre los sacos que utilizábamos para acarrear el grano, había uno enorme, de siete puds^[9], hecho de una gruesa tela de fieltro. Generalmente, lo cargábamos entre dos, porque era demasiado peso para uno solo. Pero un día, sobre la marcha, quisimos gastarle una broma a Daniar. Cargamos aquel enorme saco en su carro y lo cubrimos con otros. Por el camino, Yamila y yo entramos en un huerto de una aldea rusa, cogimos una buena cantidad de manzanas y nos pasamos todo el camino bromeando. Yamila no hacía más que tirarle manzanas a Daniar. Luego, como de costumbre, le adelantamos levantando una nube de polvo. Nos dio alcance ya fuera del desfiladero, junto al paso a nivel, que estaba cerrado. Desde allí ya fuimos juntos hasta la estación y, no sé cómo, llegamos a olvidarnos por completo de aquel dichoso saco hasta que ya terminábamos la descarga. Yamila, traviesa, me dio un codazo y guiñó un ojo señalando a Daniar. De pie, sobre el carro, miraba preocupado el saco como preguntándose qué hacer con él. Luego miró a los lados y, al ver que Yamila contenía la risa, se ruborizó todo: había comprendido de qué se trataba.

—¡Agárrate los pantalones no vayas a perderlos a mitad de camino! —le gritó Yamila.

Daniar nos lanzó una mirada rabiosa y, antes de que pudiéramos cambiar de parecer, arrastró el saco por el fondo del carro, lo puso sobre el borde, saltó al suelo sujetándolo con una mano y echó a andar, después de cargárselo a la espalda. Al principio hicimos como si aquello no tuviera nada de particular. En cuanto a los demás, ¿a quién iba a llamar la atención? ¿Qué iba con un saco al hombro? Todos lo hacían. Pero cuando Daniar se acercaba a la escala, Yamila corrió hasta él.

—Déjalo, que era una broma.

—¡Quítate! —contestó Daniar con firmeza, y empezó a subir por la escala.

—¡Mírale, puede con él! —murmuró Yamila como disculpándose.

Seguía riendo suavemente, pero su risa se hacía cada vez más artificial, como

forzada. Nos dimos cuenta de que Daniar iba inclinándose más sobre la pierna herida. ¿Cómo no habíamos pensado en ello antes? Hoy es el día que no puedo perdonarme esta broma estúpida. Porque fui yo, tonto de mí, quien la ideó.

—¡Vuelve atrás! —gritó Yamila en medio de su extraña risa.

Pero Daniar ya no podía retroceder: detrás de él subía mucha gente.

No recuerdo con exactitud lo que sucedió después. Veía a Daniar inclinado bajo el enorme saco, con la cabeza caída, mordiéndose los labios. Avanzaba lentamente, adelantando con cuidado la pierna herida. Cada paso debía de causarle un dolor tan fuerte que sacudía la cabeza y se paraba un instante. Cuanto más subía, más vacilaba. El saco le hacía perder el equilibrio. En cuanto a mí, eran tales mi terror y mi vergüenza, que sentía la garganta seca. Sobrecogido de espanto, experimentaba en todo mi ser el peso de su carga y el dolor insoportable de su pierna herida. Vacilé de nuevo, sacudí la cabeza, y ante mis ojos todo empezó a dar vueltas oscurecido y la tierra fallaba bajo mis pies. Volví de aquella especie de desvanecimiento porque alguien me apretaba el brazo con tanta fuerza que crujían los huesos. Me costó trabajo reconocer a Yamila. Estaba blanca como la cera, con enormes pupilas en unos ojos terriblemente abiertos y los labios estremecidos todavía por la risa. Entonces, no sólo nosotros sino también cuantos allí estaban, incluso el encargado del granero, corrimos hacia el pie de la escala. Daniar dio dos pasos más, quiso colocar mejor el saco sobre su espalda y empezó a doblarse lentamente sobre una rodilla. Yamila se cubrió el rostro con las manos.

—¡Tira el saco! ¡Tíralo! —gritó.

Sin embargo, no sé por qué, Daniar no arrojaba el saco, aunque hacía tiempo que hubiera podido tirarlo a un lado de la escala sin temor a aplastar a los que seguían. Al escuchar la voz de Yamila, hizo un brusco esfuerzo, enderezó la pierna, dio un paso más y volvió a vacilar.

—¡Pero tíralo, hijo de perra! —rugió el encargado.

—¡Tíralo! —gritaba la gente.

Daniar aguantó también aquella vez.

—¡Quia, no lo tira! —murmuró alguien convencido.

Y me parece que todos —tanto los que subían por la escala como los que estábamos abajo— comprendimos que no arrojaría el saco a no ser que se desplomara con él. Se hizo un silencio mortal. Fuera, una locomotora lanzó un silbido entrecortado.

Vacilante, como ensordecido, Daniar seguía trepando por las tablas elásticas de la escala hacia el tejado de chapa recalentado. A cada dos pasos se detenía, perdiendo el equilibrio, pero recobraba fuerzas y seguía adelante. Los que iban detrás procuraban amoldarse a su marcha y también se detenían. Estas paradas extenuaban a la gente, que perdía fuerzas, pero nadie se indignó ni le insultó. Igual que sujeta por una cuerda invisible, la gente iba con su carga como por un sendero peligroso y resbaladizo, donde la vida de cada uno depende de la vida de los demás. Su tácita conformidad y

su balanceo monótono tenían un mismo ritmo angustioso. Un paso, otro paso más. ¡Con qué compasión, con qué aire de suplica, le miraba la mujer que le seguía apretando los dientes! También a ella le fallaban las piernas y, sin embargo, rezaba por él.

Ya faltaba poco, pronto terminaría el plano inclinado de la escala. Pero Daniar volvió a vacilar: la pierna herida no le obedecía ya. Si no soltaba el saco, podía desplomarse de un momento a otro.

—¡Corre! ¡Sujétale! —me gritó Yamila, mientras ella misma extendía los brazos desconcertada, como si hubiera podido ayudar así a Daniar.

Me lancé por la escala arriba. Abriéndome paso entre la gente y los sacos, llegué hasta Daniar. Me miró por debajo del codo. En su frente sudorosa, ensombrecida, se inflamaron las venas. Los ojos, inyectados en sangre, me abrasaron con su mirada de ira. Quise sujetar el saco.

—¡Quítate! —profirió Daniar en tono amenazador y siguió avanzando.

Cuando Daniar descendió, cojeando y respirando penosamente, los brazos le caían flácidos. Todos le abrieron paso en silencio, pero el encargado del granero le gritó sin poderse contener:

—¿Te has vuelto loco, muchacho? ¿Acaso no iba a dejarte que lo vaciaras abajo? ¡Ni que yo fuera un salvaje! ¿Por qué cargas con sacos así?

—Eso es cosa mía —contestó Daniar sin levantar la voz.

Escupió a un lado y se dirigió a su carro. En cuanto a nosotros, no nos atrevíamos ni a levantar los ojos. Nos daba vergüenza y rabia que Daniar hubiese tomado tan a pecho nuestra broma absurda.

Por la noche hicimos el camino de vuelta en silencio. Para Daniar era cosa natural, de manera que no podíamos decir si aún estaba enfadado con nosotros o si ya lo había olvidado todo. Pero a nosotros nos pesaba y nos remordía la conciencia.

A la mañana siguiente cuando estábamos descargando los carros en la era, Yamila agarró el famoso saco, puso un pie en un borde y tiró del otro, desgarrándolo ruidosamente.

—¡Toma tu arpillera! —exclamó arrojando el saco a los pies de la sorprendida encargada del peso—. Y le dices al jefe del equipo que no se le ocurra darnos otro igual.

—Pero ¿qué tienes? ¿Qué te pasa?

—¡Nada!

Daniar no dio ninguna muestra de estar enfadado en todo el día siguiente. Se comportaba como si nada hubiera pasado, taciturno y serio, sólo que cojeaba más que de costumbre, sobre todo cuando llevaba los sacos a cuestas. Se conoce que su herida se le había irritado mucho el día anterior. Y aquello nos recordaba constantemente nuestra culpa. De todas maneras, si se hubiera reído, si hubiera bromeado algo, nos habríamos sentido aliviados: eso nos habría hecho olvidar nuestro enfado. Yamila también procuraba comportarse como si no hubiera ocurrido nada de particular. Pero, a pesar de su aire altivo, a pesar de su risa, ya no era la misma.

Volvimos de la estación ya de noche. Daniar iba delante. Era una noche magnífica. ¡Quién no conoce esas noches de agosto con sus estrellas brillantes, tan lejanas y al mismo tiempo tan próximas! Cada pequeña estrella se distingue de las otras. Una con los bordes como escarchados, rodeada por el titileo de sus breves rayos helados, escudriña la Tierra con ingenuo asombro desde el cielo oscuro. Mientras fuimos por el desfiladero estuve contemplándola largamente. Los caballos trotaban briosos hacia el establo, y la grava crujía bajo las ruedas. El viento traía de la estepa el amargo polen del ajenjo en flor, el aroma apenas perceptible de la mies madura y todo ello, mezclado al olor de la brea y de los arreos sudorosos de los caballos, causaba un ligero mareo.

A un lado sobre el camino, se alzaban unas rocas envueltas en sombras, con algunos arbustos de escaramujo, y al otro, muy abajo, corría atropelladamente el incansable Kurkureu entre sauces y olmos. De vez en cuando a nuestra espalda, los trenes cruzaban el puente con un estrépito que iba de un extremo a otro de los campos y, al alejarse, quedaba largo tiempo en el aire el traqueteo de las ruedas. Era un placer caminar con la fresca, ver las grupas ondulantes de los caballos, escuchar los rumores de la noche de agosto y aspirar sus emanaciones. Yamila iba delante de mí. Había abandonado las riendas y miraba a los lados, cantando a media voz. Yo comprendía que le pesaba nuestro silencio. En una noche así no es posible callar. ¡En una noche así, hay que cantar!

Y Yamila se puso efectivamente a cantar. Se puso a cantar quizá porque quería devolver su anterior espontaneidad a nuestras relaciones con Daniar, porque quería ahuyentar el sentimiento de culpa ante él. Su voz era sonora, burlona, y cantaba las habituales tonadas de aíl como *Te despediré con mi pañuelo de seda* o *Mi amor se ha*

ido lejos. Conocía muchas, y las cantaba con tanta sencillez y sentimiento que daba gusto oírla. Pero de pronto se interrumpió y le gritó a Daniar:

—Oye, Daniar, ¿por qué no cantas tú alto? ¿Eres un yiguit o no?

—Canta tú, Yamila, canta —replicó confuso Daniar, reteniendo los caballos—. Estoy escuchándote con todos mis oídos.

—¿Te has creído que no tenemos nosotros oídos? En fin, si no quieres no cantes —concluyó Yamila y volvió a cantar ella.

¿Por qué le pediría que cantara a Daniar? ¿Sería por un capricho o por hacerle hablar? Lo más probable es que quisiera sacarle de su mutismo, porque, al poco rato, volvió a gritar:

—¿Tú has tenido algún amor, Daniar? —y se echo a reír.

Daniar no contestó. Yamila también guardó silencio.

«¡Hace falta tener humor para pedirle a Daniar que cante!», pensé yo con ironía. Al llegar al río que cruzaba el camino, los caballos aflojaron el paso, haciendo resonar sus cascos sobre las húmedas piedras plateadas. Cuando pasamos el vado, Daniar arreó a sus caballos y se puso a cantar de pronto con voz sorda, entrecortada en los baches.

¡Montañas blancas y azules, montañas mías!

¡Tierra de mis abuelos y de mis padres!

Se interrumpió súbitamente, carraspeó, pero cantó ya la estrofa siguiente con una voz de pecho, profunda, aunque algo ronca:

¡Montañas blancas y azules, montañas mías!

Cuna de mi infancia

Aquí volvió a interrumpirse, como asustado de algo y enmudeció.

Me imaginé perfectamente su confusión. Sin embargo, incluso en aquel canto tímido y entrecortado palpitaba cierta emoción extraordinaria. Y, sin duda, tenía una buena voz. Parecía mentira que fuera ése Daniar.

—¿Has visto? —comenté sin poderme contener.

Y hasta Yamila exclamó:

—¿A qué has estado esperando? ¡Canta anda, canta! ¡Y hazlo bien!

Delante de nosotros se divisaba cierta claridad: la desembocadura del desfiladero en el valle. Una pequeña brisa soplaba de allí. Daniar volvió a cantar. Comenzó con la misma timidez y la misma inseguridad, pero su voz cobró poco a poco fuerza, llenó el desfiladero y despertó el eco en las rocas lejanas.

Lo que más me sorprendió fue la pasión y el fuego que saturaban la melodía. Yo no sabía que nombre darle, ni tampoco lo sé ahora; mejor dicho, no puedo determinar

si era solamente la voz o se trataba de algo más importante, algo que parte del corazón mismo del hombre, algo capaz de despertar en los demás la misma emoción, capaz de animar los más secretos pensamientos.

¡Si yo pudiera reproducir la canción de Daniar aunque sólo fuera aproximadamente! Apenas había palabras en ella; pero, aun sin palabras, descubría un gran corazón. Ni antes ni después he escuchado nunca una canción semejante: no se parecía a las melodías kirguizas ni a las kazajas, aunque tenía de unas y otras. La música de Daniar había recogido las mejores melodías de sus dos pueblos, uniéndolas de manera original en una canción inimitable. Era la canción de las montañas y las estepas, que tan pronto remontaba el vuelo sonoramente, semejante a las montañas kirguizas, como se extendía en amplitud, igual que la estepa kazaja.

Yo escuchaba, y no volvía de mi asombro: «¿Es éste Daniar? ¡Quién lo hubiera dicho!». Caminábamos ya a través de la estepa por un blanco camino hollado, y la tonada de Daniar cobraba ahora amplitud, nuevas y nuevas melodías se sucedían con prodigiosa agilidad. ¿De dónde habría sacado aquel tesoro? ¿Qué le habría sucedido? ¡Era como si hubiese estado esperando su día, su hora!

Y comprendí de pronto esas rarezas suyas que chocaban a la gente y la hacían burlarse: su naturaleza soñadora, su amor a la soledad, su carácter taciturno. Comprendí por qué se pasaba las veladas en el monte y por qué se quedaba solo por la noche junto al río; por qué prestaba siempre oído a los rumores imperceptibles para lo demás y por qué se le encendían de pronto los ojos y aleteaban sus cejas, habitualmente contraídas. Era un hombre profundamente enamorado. Pero no estaba enamorado simplemente de otra persona; era un amor distinto, inmenso, el amor a la vida, a la tierra. Guardaba el amor dentro de sí, en su música, y vivía inspirado por él. Una persona indiferente no habría podido cantar así por muy hermosa voz que tuviera.

Cuando parecía extinguirse la última nota de la canción, un nuevo aleteo poderoso despertaba la estepa dormida, que escuchaba agradecida al cantor, acariciada por su entrañable melodía. Las mieses maduras, azuladas, ondulaban en vasta marejada esperando la siega y unos haces de luz corrían por el campo anunciando el amanecer. Junto al molino, hacía crujir sus hojas la imponente multitud de viejos sauces; al otro lado del río, se consumían las hogueras de un campamento de segadores y alguien galopaba sin ruido, como una sombra, por lo alto de la orilla hacia el aíl, desapareciendo unas veces en los jardines y resurgiendo otras. El viento traía desde allí el aroma de las manzanas, el meloso efluvio del maíz florido y el cálido olor de las briquetas de estiércol puestas a secar.

Daniar cantó largamente, ajeno a todo. Sobrecogida, la noche estival le escuchaba con deleite. Incluso los caballos iban al paso desde hacía rato, como temerosos de romper aquel encanto.

Más, súbitamente, al llegar a la nota más aguda y sonora, Daniar interrumpió la canción y lanzó los caballos al galope, animándolos con la voz. Yo pensaba que

Yamila correría tras él y me disponía a seguirla, pero no hizo ni un movimiento. Siguió quieta, con la cabeza inclinada sobre el hombro, igual que si escuchará todavía las notas que flotaban en el aire. Daniar se alejó, y nosotros no pronunciamos ni una palabra hasta el aíl. Además, ¿hacía falta hablar? No siempre puede decirse todo con palabras.

Desde aquel día algo pareció haber cambiado en nuestra vida. Yo esperaba siempre alguna cosa buena, ansiada. Por la mañana cargábamos los carros en la era, luego llegábamos a la estación y estábamos impacientes por marcharnos cuanto antes para escuchar las canciones de Daniar en el camino de vuelta. Su voz había penetrado en mí, me perseguía a cada paso. Con ella corría por las mañanas a través de la alfalfa húmeda de rocío hacia los caballos trabados, y el sol, riendo, salía a mi encuentro por encima de la montaña. Oía aquella voz en el suave susurro de la lluvia dorada del trigo que arrojaban al aire los viejos aventadores y en el vuelo deslizado de algún halcón solitario que giraba sobre la estepa. En todo lo que veía y escuchaba me parecía oír la música de Daniar.

Y a la noche, cuando pasábamos por el desfiladero, tenía la impresión de haberme trasladado a otro mundo. Entornando los ojos, escuchaba a Daniar y ante mí veía alzarse cuadros queridos de mi infancia: allá en lo alto, sobre las yurtas, comenzaba el transhumante desfile primaveral de tiernas nubes de un azul brumoso; entre ruidos de cascos y relinchos, galopaban las yeguas hacia los pastos estivales sobre la tierra rugiente, y los potros, con las crines al aire y un salvaje fuego negro en los ojos, se adelantaban, altivos y embravecidos, a sus madres; los rebaños de ovejas se desplegaban sobre los montes como quieta avalancha; una cascada caía por las rocas, deslumbrando con la blancura de su espuma rizada; detrás del río, en la estepa, el sol descendía suavemente entre las matas de estúpite y un lejano jinete solitario parecía galopar tras él por la cenefa ígnea del horizonte y, cuando ya casi tocaba, se sumergía también en la maleza y las tinieblas...

Al otro lado del río, se extiende austera y desierta la estepa kazaja, rechazando a un lado y otro nuestras montañas...

Pero aquel memorable verano en que estalló la guerra se encendieron fuegos en la estepa, rebaños de caballos guerreros la envolvieron con su polvo ardiente y partieron jinetes en todas direcciones. Recuerdo todavía la voz gutural del pastor kazajo que galopaba gritando desde la orilla:

—¡A caballo kirguizes, que ha llegado el enemigo! —Y continuaba su camino, entre remolinos de polvo y el espejismo producido por el sol.

La estepa entera se levantó, y nuestros primeros regimientos de caballería emprendieron su marcha por montes y valles con rumor riguroso y solemne. Tintineaban millares de estribos. Millares de yiguits recorrieron sus ojos por la estepa. Delante ondeaban las banderas rojas, y detrás, sobre el polvo que levantaban los cascos, hería la tierra el patético lamento de mujeres y madres: «¡Qué la estepa os ampare, que os ampare el espíritu de nuestro héroe Manas!».

Por donde la gente había marchado a la guerra, quedaban senderos amargos...

Y todo este mundo de belleza terrenal y de inquietudes, lo abría ante mí Daniar con su canción. ¿Dónde habría aprendido todo aquello? ¿A quién lo habría escuchado? Yo comprendía que sólo podía amar así su tierra quien hubiera sentido nostalgia de ella durante años, quien durante años hubiera sufrido por ese amor. Cuando Daniar cantaba, lo veía yo, de niño, vagando por los caminos de la estepa. ¿Habría nacido entonces dentro de su alma esa canción de la Patria? ¿O habría nacido quizás mientras cruzaba por el fuego de la guerra?

Al escuchar a Daniar, sentía yo el deseo de caer de bruces sobre la tierra y abrazarla estrechamente, como un hijo, sólo por el hecho de que un hombre pudiera amarla de aquella manera. Entonces sentí por primera vez que algo nuevo despertaba en mí, algo que yo no podía aún nombrar, pero que era insuperable: la imperiosa necesidad de expresarme; sí, eso es, no solamente de ver y sentir el mundo, sino también de llevar a los demás lo que había visto, mis pensamientos y mis sensaciones, de hablarles de la belleza de nuestra tierra, con tanta inspiración como solía hacerlo Daniar. Y yo quedaba suspenso de ignorado temor y alegría ante algo desconocido. Sin embargo, aún no comprendía que necesitaba empuñar los pinceles.

A mí me gustaba dibujar desde niño. Copiaba las láminas de los libros de texto;

los compañeros me decían que quedaba «igualito». Los maestros me elogiaban también cuando llevaba dibujos para el periódico mural de la escuela. Pero estalló la guerra, mis hermanos se marcharon al frente, y yo abandoné la escuela para trabajar en el koljós como todos los chicos de mi edad. Olvidé las pinturas y los pinceles y no pensaba volver a acordarme de ellos. Pero las canciones de Daniar habían estremecido mi alma. Andaba como entre sueños y contemplaba el mundo con ojos maravillados, igual que si lo viera por primera vez.

¡Y cómo había cambiado Yamila! Era como si no quedara nada de la muchacha vivaracha, reidora y ocurrente de antes. Una luminosa melancolía primaveral empañaba sus ojos apagados. Por el camino, siempre iba ensimismada. Una sonrisa confusa y soñadora flotaba sobre sus labios, traicionando la dulce alegría que le causaba algo maravilloso, que sólo ella conocía. A veces, con un saco al hombro, se detenía embargada por una timidez incomprensible, como si un impetuoso torrente corriera ante ella y no supiera si cruzarlo o no. Rehuía a Daniar y evitaba mirarle a los ojos.

Una vez, en la era, Yamila le dijo con una pena honda e imponente:

—Si te quitaras la guerrera... deja que te la lave.

Y en seguida, después de lavarla en el río, la tendió a secar y se sentó al lado, y allí estuvo mucho rato. La estiraba cuidadosamente con las manos, observaba al trasluz los hombros gastados, sacudía la cabeza y otra vez se ponía a estirla tristemente, en silencio.

En todo ese tiempo, sólo una vez rió Yamila con carcajadas sonoras y contagiosas, brillándole los ojos como antes. Se había acercado a la era, de pasada, en gracioso tropel, un grupo de mujeres jóvenes, muchachos y yiguits, soldados vueltos del frente, que trabajaban en hacinar alfalfa.

—¡Eh, mujeres, basta ya de comeros solas el pan de trigo! Dadnos a nosotros también, si no queréis que os echemos al río —dijeron los muchachos amenazándolas en broma con las horcas.

—¡Ni que fuéramos a asustarnos de las horcas! Para obsequiar a mis amigas encontraré algo. Pero vosotros, ganaos el pan vosotros mismos —replicó Yamila.

—¡Ah! ¿Sí? ¡Pues todas al agua!

Y empezaron a luchar las muchachas y los chicos. Entre risas y gritos se tiraban los unos a los otros al río.

—¡Al agua con ellos, al agua! —gritaba Yamila riendo más que nadie, al mismo tiempo que huía rápida y ágil de los que la acometían. Pero, cosa extraña, los muchachos no parecían ver más que a Yamila. Todos procuraban alcanzarla y abrazarla. Tres muchachos se apoderaron de ella al mismo tiempo, y la levantaron sobre el agua.

—¡Danos un beso o te zambullimos!

—A la una, a las dos...

Yamila se debatía, echaba la cabeza hacia atrás y, entre carcajadas, pedía auxilio a

sus amigas. Pero las otras corrían por la orilla, tratando de alcanzar los pañuelos caídos al río. Entre risas de los yiguits, Yamila cayó al agua. Salió despeinada, con el pelo húmedo, pero aún más bella que antes. El vestido de percal mojado se había pegado a su cuerpo, moldeando sus firmes caderas redondas y su pecho virginal. Ella reía sin darse cuenta de nada, y por su rostro enardecido corrían unos alegres hilillos de agua.

—¡Danos un beso! —insistían los muchachos. Yamila obedecía, pero iba a parar al agua de nuevo, y otra vez salía riendo y echando hacia atrás, con un movimiento de cabeza, los pesados mechones de pelo mojado. Todos los que estaban en la era reían al ver el juego de los jóvenes. Los viejos aventadores abandonando sus palas se enjugaban una lágrima; las arrugas de sus rostros terrosos irradiaban alegría y juventud recobrada por un instante. También yo reía con toda mi alma, olvidando aquella vez mi celoso deber de alejar a Yamila de los yiguits.

El único que no reía era Daniar. Fijé los ojos en él por casualidad y enmudecí. Estaba solo, en un extremo de la era, con las piernas muy abiertas. Me dio la impresión de que iba a echar a correr en un arranque para arrebatarse a Yamila de las manos de los yiguits. Clavaba en ella, sin parpadear, una mirada triste y arrobada donde traslucía la alegría y el dolor. Efectivamente, la belleza de Yamila era su dicha y su amargura. Cuando los muchachos la estrechaban entre sus brazos obligándola a besarlos, Daniar agachaba la cabeza, hacía un movimiento como para irse, pero no se iba.

En esto, Yamila se fijó en él. Cortó la risa en seco y bajo los ojos.

—¡Bueno, basta de juegos! —profirió de pronto, poniendo coto a la algarabía de los muchachos.

Alguno trató todavía de abrazarla.

—¡Déjame! —Yamila rechazó al muchacho, levantó la cabeza, lanzó de reojo una mirada culpable a Daniar y corrió a torcer el vestido detrás de unos matorrales.

Las relaciones existentes entre ellos aún no me parecían muy claras, y confieso que me daba miedo pensar en ellas. Sin embargo, me contrariaba advertir que Yamila se ponía triste por rehuir ella misma a Daniar. Hubiera preferido que se riese y se burlase de él como antes. Pero, al mismo tiempo, me embargaba una alegría inexplicable al pensar en ellos cuando regresábamos por las noches al aíl y escuchábamos el canto de Daniar.

Por el desfiladero iba Yamila montada en el carro; pero, al llegar a la estepa, se apeaba y echaba a andar. Yo la imitaba, porque era más agradable escuchar caminando. Al principio, marchábamos cada uno al lado de nuestro carro; pero, paso a paso, sin darnos cuenta, nos acercábamos a Daniar. Una fuerza desconocida nos empujaba hacia él. Hubiéramos querido distinguir en la oscuridad la expresión de su cara y sus ojos. Parecía mentira que fuese Daniar, tan taciturno y sombrío, el que cantaba.

Y todas las veces, advertía yo que Yamila, conmovida y emocionada, adelantaba

una mano hacia él. Pero Daniar no se daba cuenta. Miraba hacia arriba, a lo lejos, meciéndose de un lado a otro, con la nuca apoyada en la palma de la mano, y Yamila dejaba caer la suya sin fuerza, sobre el borde del carro. Estremecida por aquel contacto retiraba bruscamente su mano y se detenía. Luego quedaba largo rato en medio del camino, abatida, asombrada, viendo alejarse a Daniar, hasta que reanudaba su marcha.

En ocasiones me parecía que un mismo sentimiento incomprensible nos turbaba a Yamila y a mí. Quizá hubiera estado mucho tiempo oculto en nuestras almas y le había llegado la hora de salir a la luz.

Mientras trabajábamos, Yamila conseguía distraerse; pero en nuestros escasos minutos de descanso, cuando algo nos retenía en la era, estaba desazonada. Rondaba entonces a los aventadores, se ponía a ayudarlos y, después de arrojar con fuerza unas cuantas paladas de trigo al aire, dejaba de pronto la pala y se apartaba hacia los almiarés. Allí se sentaba a la sombra y, como si tuviera miedo de la soledad, me llamaba:

—¡Ven aquí conmigo, kichine bala, siéntate un poco!

Yo esperaba siempre que me dijera algo importante, que me explicara lo que la inquietaba. Pero ella no decía nada. Silenciosa, apoyaba mi cabeza sobre sus rodillas y, con la mirada perdida a lo lejos, alborotaba mis fuertes cabellos y me acariciaba tiernamente la cara con dedos trémulos y febriles.

Yo la miraba de arriba a abajo y en aquel rostro lleno de confusa inquietud y de nostalgia, me parecía reconocerme a mí mismo. Algo la angustiaba a ella también, algo que se había acumulado y cuajaba en su alma pidiendo salida. Y ella sentía temor. Quería y al mismo tiempo no quería confesarse que estaba enamorada, igual que yo deseaba y no deseaba que amara a Daniar. ¡Al fin y al cabo era la nuera de mis padres, la mujer de mi hermano! No obstante, estos pensamientos sólo pasaban fugazmente por mi imaginación. Yo los ahuyentaba. Para mí constituía un verdadero deleite ver sus labios sensibles, puerilmente entreabiertos, y sus ojos empañados por las lágrimas. ¡Qué bella, qué hermosa estaba! ¡Qué luminosa inspiración y qué fuego respiraba su rostro! En aquella época, yo veía todo esto, pero no lo comprendía. Es más, incluso ahora me pregunto con frecuencia si no será el amor una inspiración parecida a la que siente el pintor o el poeta. Contemplando a Yamila, sentía el deseo de huir a la estepa y preguntarles a gritos a la tierra y al cielo qué debía de hacer, preguntarle cómo sofocar dentro de mí ese desasosiego incomprensible y aquella incomprensible alegría. Creo que una vez hallé la respuesta.

Volvíamos como siempre de la estación. Era ya noche cerrada. Las estrellas formaban enjambres en el cielo, la estepa iba adormeciéndose y sólo rompía el silencio la canción de Daniar, que vibraba y se extendía en la suave lejanía oscura. Yamila y yo caminábamos tras él.

Pero ¿qué le habría sucedido a Daniar? En su melodía se notaba una ternura tan dulce y tan profunda, un tal sentimiento de soledad, que las lágrimas atenazaban mi

garganta de simpatía y compasión por él.

Yamila caminaba con la cabeza baja, agarrada firmemente al borde del carro. Y cuando la voz de Daniar comenzó a ganar amplitud de nuevo, Yamila levantó la cabeza, subió en marcha al carro y se sentó junto a él. Ella estaba sentada, petrificada, con los brazos cruzados sobre el pecho. Yo caminaba al lado, adelantándome un poco, y los veía de perfil. Daniar cantaba sin que pareciera advertir la presencia de Yamila. Vi como sus brazos caían sin fuerza y, como acercándose más a Daniar, apoyaba suavemente la cabeza sobre su hombro. Su voz se estremeció sólo por un instante, como se estremece el caballo espoleado, y resonó con mayor fuerza. ¡Su canción era una canción de amor!

Yo estaba sobrecogido. La estepa iluminada, estremecida, parecía haber hecho retroceder a la oscuridad y yo descubría a los enamorados en aquella amplia estepa. Ellos no advertían mi presencia. Mientras caminaba, los veía mecerse al compás de la canción, ajenos a todo lo que ocurría en el mundo. Y no los reconocía. Era el Daniar de siempre, con su guerrera de soldado desabrochada y gastada, pero sus ojos parecían arder en la oscuridad. Y era mi Yamila la que iba estrechada contra él, quieta, tímida, con las pestañas brillantes de lágrimas. Aquéllos eran seres nuevos, increíblemente dichosos. ¿No era una felicidad oír cantar a Daniar para Yamila, cantarle a ella y entregarle todo el inmenso amor a la tierra natal, que había engendrado en él esa música inspirada?

Volvió a dominarme la incomprensible emoción que despertaban siempre en mí las canciones de Daniar. Y, de pronto, comprendí claramente lo que quería. Quería pintarlos. Me asusté al principio de mis propios pensamientos. Pero el deseo era más fuerte que el temor. Los pintaré felices, así como ahora, me decía. Pero ¿seré capaz? El temor y la alegría me oprimían el corazón. Caminaba preso de una dulce embriaguez. También yo era feliz, porque aún ignoraba todas las dificultades que habría de ofrecer en el porvenir este deseo audaz. Me decía que debía ver la tierra como la veía Daniar, relatar la canción de Daniar con el lenguaje de los colores; también yo pintaría las montañas, la estepa, las personas, la hierba, las nubes, los ríos. Incluso me pregunté entonces: «¿Y de dónde voy a sacar las pinturas? En la escuela no me las van a dar, porque las necesitan ellos». Como si toda la dificultad consistiera en encontrar pinturas.

La canción de Daniar se interrumpió inesperadamente. Yamila le había abrazado con ímpetu, pero enseguida se apartó de él, quedó quieta un instante, se echó a un lado y saltó del carro. Daniar, indeciso, tiró de las riendas, y los caballos se detuvieron. Yamila estaba de pie en el camino, vuelta de espaldas a él. Luego alzó bruscamente la cabeza, le miró de costado y sin poder apenas contener las lágrimas, dijo:

—¿Qué me miras? —Hizo una pausa y añadió con dureza—. ¡No me mires, y sigue tu camino! ¿Y tú, qué haces ahí como un pasmarote? —arremetió contra mí, mientras se acercaba a su carro—. ¡Siéntate y coge esas riendas! ¡Buena me ha caído

con vosotros!

«¿Qué le habrá pasado de pronto?», me preguntaba yo intrigado, al mismo tiempo que arreaba los caballos. Aunque no costaba adivinarlo: sufría pensando que estaba casada, que su marido se encontraba en Sarátov, en un hospital. Pero yo no quería pensar absolutamente en nada. Estaba disgustado con ella y conmigo mismo y quizá hubiera odiado a Yamila de saber que Daniar no volvería a cantar, que ya nunca escucharía su voz.

Un mortal cansancio quebraba mi cuerpo. Sentía el deseo de llegar cuando antes al aíl y dejarme caer sobre la paja. En la oscuridad ondulaban las grupas de los caballos al trote; el traqueteo del carro era insoportable; las riendas se escapaban de las manos.

Cuando llegamos a la era quité las colleras a los caballos de cualquier manera, las arrojé bajo el carro y me desplomé sobre un montón de paja. Aquella noche fue Daniar quien condujo los caballos hasta el prado.

Sin embargo, a la mañana siguiente me desperté con una sensación de alegría en el alma. ¡Iba a pintar a Yamila y a Daniar! Cerraba los ojos, y se me aparecían con toda claridad, tal como pensaba retratarlos. No tenía más que empuñar los pinceles y las pinturas para conseguirlo, pensaba yo.

Fui presuroso hasta el río, me lavé y luego corrí hacia los caballos trabados. La alfalfa húmeda y fría me fustigaba blandamente las piernas desnudas, me escocía en las plantas de los pies agrietados, pero me resultaba agradable. En mi carrera, no dejaba de advertir lo que ocurría a mi alrededor. El sol ascendía detrás de las montañas y hacia él se izaba un girasol crecido por casualidad al borde de la acequia. Los amargones de blanca cabeza le acosaban golosos, pero él no cedía, acechaba, y con sus pétalos amarillos capturaba entre ellos los rayos matutinos para alimentar el recio y prieto redondel de semillas. Luego estaba el vado de la acequia, que los carros habían removido al pasar, donde el agua fluía por las rodadas. Más allá, una pequeña isla de fragante menta, que llegaba hasta la cintura. Yo corría por mi tierra natal y sobre mi cabeza se perseguían las golondrinas. ¡Si hubiera tenido pinturas para dibujar el sol matutino, y las montañas blancas y azules, y la alfalfa perlada de rocío, y el girasol solitario que crecía junto a la acequia!...

Cuando volví a la era, quedó apagada de pronto mi euforia. Vi a Yamila taciturna y demacrada. No debía haber dormido aquella noche, porque unos círculos negros sombreaban sus ojos. No me sonrió ni me dirigió la palabra. Pero cuando apareció Oromat, el jefe de equipo, se acercó a él y sin saludarle siquiera le dijo:

—¡Ahí tiene usted su carro! Póngame a trabajar en lo que quiera, pero yo no vuelvo a la estación.

—¿Qué es eso, Yamila? ¿Qué moscón te ha picado? —preguntó Oromat sorprendido, sin maldad.

—¡Los moscones los tienes los becerros debajo del rabo! A mí no me busque usted las vueltas. ¡He dicho que no quiero ir, y se acabó!

La sonrisa huyó del rostro de Oromat.

—¡Quieras o no, acarrearás el grano! —replicó pegando con la muleta en el suelo—. Si alguien te ha ofendido, dímelo y le parto la muleta en la nuca, y si no, déjate de tonterías. El trigo que llevas es para los soldados, para tu propio marido —añadió y volviéndole bruscamente la espalda, se fue renqueando sobre su muleta.

Avergonzada, Yamila se puso como la grana, exhaló un leve suspiro y miró hacia Daniar. Él, algo apartado, de espaldas a ella, se entretenía en ajustar una collera. Había escuchado toda la conversación. Yamila permaneció todavía unos instantes inmóvil, manoseando el látigo y luego, como quien adopta una decisión extrema, se dirigió hacia el carro.

Aquel día volvimos antes que de costumbre.

Daniar fue todo el camino arreando a los caballos. Yamila estaba sombría y taciturna.

Y a mí me parecía mentira tener delante la estepa, agostada y renegrada. ¡Si el día anterior era enteramente distinta! Era como si se me hubiera narrado un cuento de hadas y no se me fuera de la imaginación el cuadro de dicha que había estremecido mi conciencia. Era igual que si hubiera descubierto un trozo de la vida, el más brillante. Me lo imaginaba en todos sus detalles, y esto solo bastaba para inquietarme. No recobré la calma hasta que le sustraje a la encargada del peso una hoja de papel blanco y fuerte. Con el corazón palpitante corrí a esconderme detrás de un almiar y allí, sobre una pulida pala de madera que les había quitado a los aventadores, extendí el papel.

—¡A la voluntad de Alá! —murmuré, como en tiempos hiciera mi padre al montarme por primera vez en un caballo y posé el lápiz sobre el papel. Eran mis primeros trazos, aún inseguros. Pero cuando los rasgos de Daniar surgieron en el papel, me olvidé de todo. Me daba ya la impresión de que sobre el papel se había extendido aquella estepa nocturna de agosto, me daba la impresión de escuchar la canción de Daniar y de verle a él con la cabeza echada hacia atrás y el pecho descubierto, de ver a Yamila apoyada en su hombro. Aquél era el primer dibujo que hacía por mi cuenta: el carro, Yamila y Daniar, las riendas abandonadas, las grupas de los caballos ondulantes en la oscuridad y luego la estepa y las estrellas lejanas.

Tan embelesado estaba con mi dibujo que no advertí nada a mi alrededor, y sólo me recobré al escuchar una voz que, pegada a mí, decía:

—¿Te has vuelto sordo o qué?

Era Yamila. Desconcertado, me ruboricé y no tuve tiempo de ocultar mi dibujo.

—Los carros están cargados hace un buen rato, llevamos una hora llamándote a gritos, y tú como si tal cosa. ¿Qué estás haciendo?... ¿Y esto qué es? —preguntó y tomó el dibujo—. ¡Mira en lo que se entretiene! —Yamila se encogió de hombros, disgustada.

Yo hubiera querido que me tragase la tierra. Yamila contempló largamente el dibujo, luego levantó hacia mí sus ojos entristecidos, húmedos, y murmuró:

—Dámelo, kichine bala... Lo guardaré como recuerdo... —Y doblando la hoja en dos se la guardó en el pecho.

Habíamos salido ya al camino sin que yo pudiera recobrarle. Todo aquello había ocurrido como en sueños. Me parecía mentira haber dibujado algo parecido a lo que había visto. Pero allá en el fondo del alma, nacía un júbilo ingenuo, incluso una sensación de orgullo, y los sueños me embriagaban, a cual más audaz y atractivo. Me proponía hacer multitud de cuadros, y no a lápiz, sino con pinturas. No me daba cuenta de que caminábamos muy deprisa. Era Daniar quien arreaba así a los caballos. Yamila no le quedaba a la zaga. Iba mirando a un lado y otro, y, a veces, algo hacía subir a sus labios una sonrisa tímida y conmovedora. También yo sonreía y pensaba: «Eso es que ya no está enfadada conmigo ni con Daniar y, si ella se lo pide, Daniar volverá a cantar hoy...».

Aquel día llegamos a la estación mucho antes que de costumbre, pero los caballos estaban sudorosos. Sin perder un instante, Daniar se puso a descargar los sacos. Hubiera sido difícil decir qué prisa era la suya ni qué le ocurría. Cuando pasaba algún tren, se detenía para seguirle con larga mirada pensativa. Yamila miraba también hacia el mismo lado, como si tratará de adivinar sus pensamientos...

—Ven y ayúdanos a arrancar esta herradura que se mueve —le dijo a Daniar.

Cuando Daniar volvió a erguirse, después de arrancar la herradura del casco sujeto entre las rodillas, Yamila murmuró mirándole a los ojos:

—¿Es que no comprendes las cosas?... ¿O no hay otra mujer que yo?...

Daniar apartó los ojos en silencio.

—¿Te has creído que yo no sufro? —suspiró Yamila.

Las cejas de Daniar se enarcaron, contempló a Yamila con cariño y dolor, replicó algo en voz baja que no llegó a mis oídos y luego se dirigió rápidamente a su carro, incluso, en cierta manera, satisfecho. Conforme iba andando acariciaba la herradura. Yo le observaba extrañado: ¿por qué razón le habrían consolado las palabras de Yamila? ¿Qué consuelo puede encontrar un hombre en que le digan con un profundo suspiro: «Te has creído que yo no sufro»?...

Habíamos terminado nuestra faena y nos disponíamos a marcharnos, cuando penetró en el patio un soldado herido, enjunto, con el capote arrugado y el macuto a la espalda. Pocos minutos antes se había detenido un tren en la estación. El soldado miró a los lados y gritó:

—¿Hay alguien aquí del aíl de Kurkureu?

—¡Yo! —contesté, preguntándome quién podría ser el soldado.

—¿Y de qué familia eres amigo? —El soldado iba a dirigirse hacia mí, cuando vio a Yamila y sonrió, sorprendido y dichoso.

—¿Eres tú, Kerim? —exclamó Yamila.

—¡Oh, Yamila, hermanita! —El soldado corrió hasta ella y la estrechó una mano entre las suyas.

Resultó que era un paisano de Yamila.

—¡Mira qué suerte! ¡Ni que me hubieran traído de la mano! —decía animadamente—. Me he separado hace poco de Sadik. Hemos estado juntos en el mismo hospital y, si Dios quiere, dentro de un mes o dos, también él estará de vuelta. Al despedirnos le dije: escribe una carta a tu mujer, y se la llevaré... Aquí la tienes, tal y como me la dio. —El soldado tendió a Yamila un triángulo de papel.

Yamila tomó la carta. Primero se puso colorada, luego palideció y, temerosa, miró de soslayo a Daniar. Solitario junto a su carro, con las piernas abiertas como aquella vez en la era, posaba en Yamila unos ojos llenos de desesperación.

La gente acudió de todas partes, en seguida surgieron conocidos y parientes del soldado y llovieron las preguntas. Yamila no había podido siquiera darle las gracias por la carta, cuando el carro de Daniar pasó estrepitosamente junto a ella, salió del patio como una exhalación y, rebotando en los baches, se alejó por el camino entre remolinos de polvo.

—¡Ni que estuviera loco! —gritaron varias voces. El soldado se había ido ya con la gente a alguna parte. Yamila y yo seguíamos todavía en el centro del patio, viendo como se alejaban los remolinos de polvo.

—Vámonos, yene —dije.

—Márchate tú, déjame sola —contestó Yamila con amargura.

Fue la primera vez que volvimos al aíl por separado. El bochorno abrasaba los labios resecos. La tierra calcinada, cubierta de grietas, recalentada hasta el rojo vivo durante el día, se enfriaba ahora, revistiéndose de un velo salado. Y, a través de aquel vaho blanquecino, el sol se estremecía en el poniente, blando y desvaído. Allí, en el horizonte difuso, iban acumulándose unas nubes de tormenta de color anaranjado. De vez en cuando soplaban un viento cálido y seco, que dejaba como un poso blanco sobre los hocicos de los caballos, agitaba sus crines y seguía campo adelante, estremeciendo las ramas de ajenjo en los ribazos.

«Irá a llover», pensé.

¡Qué desamparado me encontraba! ¡Qué angustia me invadía! Yo arreaba a los caballos, empeñados en marchar al paso. Unas avutardas de piernas altas y flacas corrieron inquietas hacia el barranco. El viento barría por el camino unas hojas secas de bardana del desierto, hojas que venían de alguna parte de la estepa kazaja. Se puso el sol. No había ningún alma alrededor: solamente la estepa, agobiada del día tórrido.

Era ya de noche cuando llegué a la era. Ni un ruido, ni un soplo de viento. Llamé a Daniar.

—Ha ido hacia el río —contestó el guarda—. Con este bochorno, todos se han marchado a sus casas. No soplando aire, no hay nada que hacer en la era.

Solté los caballos para que pastaran y fui hacia el río: conocía el lugar predilecto de Daniar, en lo alto de la orilla.

Allí estaba, todo encorvado, escuchando al río que bramaba abajo. Hubiera querido acercarme a él, abrazarle y decir alguna palabra de consuelo. Pero ¿qué podía decirle? Permanecí un rato a su lado y volví a la era. Luego, acostado sobre la paja,

estuve mucho tiempo mirando al cielo oscurecido por las nubes y pensaba: «¿Por qué será la vida tan incomprensible y complicada?».

Yamila no regresaba. ¿Dónde estaría? Aunque estaba rendido de cansancio, no podía conciliar el sueño. Sobre las montañas, entre nubarrones, se encendían unos relámpagos lejanos.

Cuando volvió Daniar, yo no dormía aún. Vagó un rato por la era, escrutando a cada instante el camino. Luego, se tendió en la paja, detrás del almiar, no lejos de mí. «Ahora se marchará a cualquier sitio, no se quedará en el aíl. ¿Y adónde irá él solo, desamparado?». Ya entre sueños, oí el lento traqueteo de un carro que se acercaba. Debía de ser Yamila...

No sé el tiempo que llevaría dormido cuando de pronto unos pasos hicieron susurrar la paja junto a mi oído, y algo como una ala mojada acarició mi hombro. Abrí los ojos. Era Yamila. Volvía del río con el vestido húmedo, recién torcido, miró inquieta a un lado y otro y se sentó junto a Daniar.

—Daniar, he venido a ti, he venido por mí misma —murmuró.

No se escuchaba ni un ruido. Un relámpago se deslizó silencioso por el cielo.

—¿Te has disgustado? ¿Te has disgustado mucho?

Volvió a reinar el silencio, y sólo una pella de tierra, socavada por el agua, se desplomó en el río con débil chapoteo.

—¿Acaso tengo yo la culpa? ¿Y tú? Tú tampoco...

Un trueno estremeció las montañas a lo lejos.

El perfil de Yamila quedó iluminado por un relámpago. Miró a los lados y se estrechó contra Daniar. Un temblor convulso sacudía sus hombros bajo las manos de Daniar. Luego se tendió en la paja junto a él.

Un viento ardoroso llegó de la estepa, levantó remolinos de paja, chocó contra la yurta, que estaba montada en un extremo de la era, estremeciéndola, y echó a rodar como un trompo por el camino. Otra vez zigzaguearon los latigazos azules entre las nubes y un trueno restalló con seco estrépito sobre nuestras cabezas. Daba miedo y alegría: se aproximaba una tormenta, la última tormenta del verano.

—¿Cómo has podido pensar que iba a cambiarte por él? —murmuraba fogosamente Yamila—. ¡De ninguna manera! Él no me ha querido nunca. Hasta los recuerdos para mí los mandaba al final de la carta. ¿A qué viene ahora con su amor tardío? ¡Qué diga la gente lo que quiera! Amor mío, siempre tan solo... No consentiré que nadie te aparte de mí. ¡Hace cuánto tiempo que te quería! Aún antes de conocerte, te quería y te esperaba. Y tú has venido, como si supieras que yo te estaba esperando.

Unos claros relámpagos se sucedían zigzagueantes y se hundían en el río al pie del barranco. Unas gotas de agua, frías y oblicuas, empezaron a repiquetear sobre la paja.

—¡Yamila, amada mía, querida Yalmatái! —susurraba Daniar, dándole los más dulces nombres kazajos y kirguizes—. También yo te quiero desde hace mucho

tiempo. En las trincheras soñaba contigo. Sabía que mi amor estaba en mi tierra, que eras tú, Yamila mía.

—Vuelve la cara hacia mí que quiero verte los ojos.

La tormenta se desencadenó.

Un trozo de fieltro arrancado de la yurta aleteó semejante a un ave herida. Azotado abajo por el viento, el aguacero caía a golpes impetuosos como si besara la tierra. Un trueno rodó en poderoso alud por todo el cielo, oblicuamente. Las chispas brillantes de los relámpagos encendían en las montañas un ramo primaveral de tulipanes. El viento rugía y se agitaba en el barranco.

Caía la lluvia, y yo notaba, sepultado en la paja, los latidos de mi corazón bajo la mano. Era feliz. Experimentaba la misma sensación que si contemplara el sol, al salir por primera vez a la calle después de una enfermedad. La lluvia y el resplandor de los relámpagos llegaban hasta mí a través de la paja; pero me encontraba a gusto y sonreía al quedarme dormido, sin comprender si me animaba el susurro de Daniar y Yamila o el rumor de la lluvia, más calmada, sobre la paja.

Ahora empezarán las lluvias, pronto llegaría el otoño. El aire se impregnaría ya del húmedo aroma otoñal del ajeno y de la paja mojada. ¿Qué nos traería el otoño? No me paraba a pensar en ello.

Aquel otoño volví a la escuela después de dos años de interrupción. Cuando terminaban las lecciones, me iba muchas veces al río, a ese lugar escarpado donde había estado la era, abandonada y desierta ahora. Allí hice mis primeros bocetos con pinturas escolares. Yo notaba, incluso con lo poco que entendía entonces, que no lograba todo lo que me proponía.

«¡Eso es que las pinturas son malas! ¡Si tuviera pinturas de verdad!», me decía, aunque no me imaginaba como eran.

Sólo al cabo de bastante tiempo logré ver verdaderas pinturas al óleo, en tubitos metálicos.

Fueran como fueran las pinturas, yo notaba que los maestros tenían razón: se necesitaba un aprendizaje. Pero marcharse a estudiar era un sueño irrealizable. Si no teníamos ninguna noticia de mis hermanos, ¿cómo iba a consentir mi madre que me marchase yo, el único hijo, el yiguit y amparo de las dos familias? Ni siquiera me atrevía a hablar de ello. Y el otoño, como si fuera a propósito, era tan bello que parecía estar pidiendo que lo pintaran.

El Kurkureu, frío y menos caudaloso, dejaba al descubierto en los rápidos unas piedras tapizadas de un musgo verde oscuro y naranja. Las heladas tempranas daban un matiz rojizo a los tiernos sauces ya desnudos, pero los álamos conservaban todavía las hojas amarillas y recias.

Las yurtas de los guardianes de las caballadas, oscurecidas del humo, relavadas por las lluvias, negreaban en la margen, sobre la hierba amarilla, y unas olorosas nubecitas grises ascendían encima de ellas. Los finos potros relinchaban sonoramente; las yeguas se dispersaban y, hasta la primavera, sería difícil ya retenerlas en las caballadas. El ganado había bajado de las montañas y ahora andaba en rebaños por las rastrojeras. Trochas abiertas por los cascos atravesaban en todas direcciones la estepa, a la que ponía un manto pardusco la vegetación agostada.

Pronto sopló el viento frío de la estepa, se nubló el cielo y comenzaron las lluvias frías, precursoras de la nieve. Un día más apacible que los otros, fui hacia el río: me había llamado la atención, en un banco de arena, un serbal de montaña, rojo como una llamarada. Me instalé cerca del vado entre unos sauces. Caía la tarde. Y de pronto descubrí a dos personas que, según todas las trazas, acababan de cruzar el vado. Eran Daniar y Yamila. No podía apartar los ojos de sus rostros, graves e inquietos. Daniar

caminaba impetuosamente, con el macuto a la espalda. Los faldones de su capote abierto pegaban contra las cañas de sus botas desgastadas. Yamila llevaba la cabeza envuelta en un chal blanco que caía ahora sobre la nuca, y tenía puesto un vestido de colores, el mejor que tenía y que le gustaba ponerse para presumir en el mercado, y encima una chaqueta guateada de pana. De una de sus manos pendía un hatillo y con la otra se agarraba a la correa del macuto de Daniar. Iban hablando mientras caminaban. Habían echado a andar por un sendero que atravesaba un erial cubierto de estípite y yo, indeciso, los seguía con la mirada. ¿Llamarlos? Pero tenía la lengua pegada al paladar. Los últimos rayos purpúreos se deslizaron por una larga hilera de nubecillas grises a lo largo de las montañas, y en seguida comenzó a oscurecer. Sin volver la cabeza, Daniar y Yamila se dirigían hacia el apeadero. Sus cabezas se divisaron un par de veces entre las matas de estípite y luego desaparecieron.

—¡Yamila! —grité con todas mis fuerzas.

—¡A-a-a-a! —replicó destemplado el eco.

—¡Yamila! —grité una vez más y, sin saber lo que hacía, me metí en el río y eché a correr tras ellos.

Nubes de chispas frías me salpicaban la cara, tenía la ropa empapada; pero seguía corriendo, sin mirar donde ponía los pies, hasta que de pronto tropecé y caí al suelo. Allí me quedé sin levantar la cabeza, mientras la lágrimas me inundaban el rostro. Era como si la oscuridad pesara sobre mis hombros. Los finos tallos de estípite susurraban, débil y tristemente.

—¡Yamila! ¡Yamila! —sollozaba yo, ahogado por las lágrimas.

Me separaba de los seres más queridos y entrañables. Y sólo entonces, tendido en el suelo, comprendí que amaba a Yamila. Sí, aquél había sido mi primer amor, todavía un amor de niño.

Estuve mucho rato así tendido, con el rostro hundido en el codo húmedo. No me separaba solamente de Yamila y Daniar, sino también de mi infancia.

Cuando llegué a mi casa, casi a tientas, noté un gran ajetreo en el patio; se oía ruido de estribos; alguien ensillaba unos caballos y Osmón, ebrio, haciendo encabritarse a su corcel, gritaba a voz en grito:

—¡Hace tiempo que debíamos haber echado del aíl a ese perro vagabundo, a ese bastardo! ¡Qué vergüenza para todos! ¡Cómo lo pille lo dejo en el sitio, aunque luego vaya a la cárcel! ¡No consentiré que un golfo cualquiera se lleve a nuestras mujeres! ¡A caballo, muchachos, que no se nos escape! Le atraparemos en la estación.

Yo me quedé sobrecogido. ¿Adónde irían? Pero en cuanto me convencí de que cogían el camino principal de la estación y no el del apeadero, me deslicé inadvertidamente en casa y me acosté, tapándome cabeza y todo con la pelliza de mi padre para que nadie viese mis lágrimas.

¡Cuánto se habló de aquello en el aíl! Las mujeres condenaban todas a Yamila:

—¡Valiente estúpida! ¿A quién se le ocurre abandonar una familia como ésa, pisotear así su propia felicidad...?

—¡Seguro que no tiene ni qué llevarse a la boca! Ese vagabundo sin techo ni cobijo, ese mendigo no tiene más que lo que lleva puesto. Algún día le pesará pero ya será tarde.

—¡Eso, eso! ¿No es un buen marido Sadik? ¿No es un hombre trabajador? ¡El primer yiguit del aíl!

—Pues, ¿y la suegra? Dios no les da a todas una suegra como ella. A ver, ¿dónde hay otra igual? Se ha buscado su perdición, la muy tonta, y nada más...

Quizá fuera yo el único que no condenaba a Yamila, mi antigua yene. Pero, aunque Daniar sólo tuviera un viejo capote y unos zapatos agujereados, yo sabía que espiritualmente valía más que todos nosotros. No, no creía yo que Yamila fuera a ser desgraciada con él. Únicamente me daba pena mi madre. Me parecía que, con Yamila, se habían escapado sus energías. Estaba abatida, demacrada, y ahora comprendo que no podía acostumbrarse a que la vida rompiera a veces con tanta dureza las viejas costumbres. Si la tormenta abate un árbol poderoso, ya no vuelve a levantarse. Hasta entonces, mi madre no le pedía a nadie que le enhebrase una aguja porque no se lo permitía el amor propio. Pero una tarde que volvía yo de la escuela me encontré a mi madre llorando, con las manos trémulas, porque no veía el ojo de la aguja.

—Toma, enhébrala —me pidió con un profundo suspiro—. Yamila se ha buscado su perdición... ¡Qué buen ama casa hubiera sido! Se ha marchado... Nos ha repudiado... ¿Por qué? ¿Le iba mal con nosotros?...

Yo hubiera querido abrazar a mi madre, consolarla, explicarle qué tipo de persona era Daniar; pero no me atreví porque la habría herido para toda la vida.

Sin embargo, mi inocente participación en esta historia dejó de ser un secreto...

Pronto regresó Sadik. Sintió lo ocurrido, naturalmente, aunque le dijera a Osmón después de haber bebido:

—Buen viento la lleve. En cualquier rincón reventará. Mujeres no nos han de faltar. Ni envuelta en oro vale una mujer lo que el peor de los muchachos.

—¡Eso es verdad! —contestaba Osmón—. Lo que siento es no haber dado con él entonces. Le habría matado, sin más. En cuanto a ella, la habría traído atada a la cola de mi caballo. Seguro que habrán tirado para el sur, a trabajar en las plantaciones de algodón. O se habrán marchado con los kazajos. ¡Eso de andar como vagabundos no es nuevo para él! Lo que no llego a comprender es cómo lo hicieron todo sin que nadie se enterase, sin que le pasara a nadie por la imaginación. Fue ella la que lo preparó, la muy miserable. ¡Si cayera en mis manos!

Al oírle decir estas cosas, sentía yo el deseo de replicarle a Osmón: «No puedes olvidar como te paró los pies en la pradera. ¡Qué alma más ruin tienes!».

Una vez estaba yo en casa, haciendo un dibujo para el periódico mural de la escuela. Mi madre guisaba. De pronto entró corriendo Sadik en el cuarto. Lívido, con los ojos pequeños de rabia, se inclinó sobre mí y me pegó en la cara con una hoja de papel.

—¿Has dibujado tú esto?

Me quedé sobrecogido. Era mi dibujo. Un Daniar y una Yamila vivos me contemplaban en ese instante.

—Sí.

—¿Quién es éste? —preguntó pegando con el dedo en el papel.

—Daniar.

—¡Traidor! —me gritó en la cara Sadik.

Hizo trizas el dibujo y salió dando un portazo.

Después de un silencio doloroso, me preguntó mi madre:

—¿Tú lo sabías?

—Sí.

¡Qué mirada de reproche y de asombro me lanzó, recostada contra el horno! Y cuando le dije: «Volveré a dibujarlos», sacudió la cabeza con amargura e impotencia.

Yo miraba los trozos de papel tirados por el suelo, y me ahogaba la rabia. Qué me tuvieran por traidor si querían. ¿A quién había hecho traición? ¿A nuestra familia? ¿A nuestra raza? Pero lo que no había traicionado era la verdad, la verdad de la vida, la verdad de aquellos dos seres. No podía referirle a nadie lo que sentía. Ni aún mi madre me hubiera comprendido.

Todo se difuminaba ante mis ojos, y los trozos de papel parecían girar por el suelo, como animados. En mi imaginación se había grabado de tal manera el momento en que Daniar y Yamila me contemplaron desde el papel, que tuve de pronto la impresión de estar escuchando la canción de Daniar en aquella memorable noche de agosto. Recordé su partida del aíl, y experimente el deseo incontenible de partir yo también, de partir igual que ellos, para emprender audaz y resueltamente el camino difícil de la dicha.

—Me marcharé a estudiar... Díselo a padre. ¡Quiero ser pintor! —anuncié con firmeza a mi madre.

Estaba seguro de que empezaría a hacerme reproches, de que se echaría a llorar recordando a los hermanos muertos en la guerra. Con gran asombro mío, no vertió ni una lágrima. Únicamente dijo con pesar, en voz baja:

—Márchate... Os han crecido ya alas y queréis volar a vuestro antojo. ¿Qué sabemos nosotros si habéis de remontaros muy alto? Quizá tengáis razón. Márchate... Puede ser que allá cambies de idea. Eso de dibujar y pintarrapear no es un oficio... Cuando hayas estudiado lo comprenderás... Y no olvides nuestra casa.

A partir de aquel día, la Casa Pequeña se separó de la nuestra. Al poco tiempo, me marché a estudiar.

Ésa es toda la historia.

En la academia, adonde me enviaron después de salir de la Escuela de Bellas Artes, presenté, como trabajo de fin de estudios, un cuadro con el que soñaba hacía tiempo.

Como es de suponer, en ese cuadro estaban Daniar y Yamila. Van por un camino de la estepa en otoño, y ante ellos se extiende una lejanía amplia y luminosa.

Y por imperfecto que sea mi cuadro —la maestría no se adquiere de golpe—, tiene para mí un valor infinito: es mi primera inquietud consciente de crear.

También ahora sufro reveses; también ahora atravieso minutos en que pierdo la fe en mí mismo. Y entonces me siento atraído por el cuadro querido, por Daniar Y Yamila. Los contemplo largamente, y todas las veces converso con ellos.

«¿Dónde estáis ahora? ¿Qué derroteros siguen vuestros pasos? Ahora hay muchos caminos nuevos en la estepa, a través de todo el Kazajstán, hasta el Altái y Siberia. Muchos hombres audaces trabajan allí ahora. ¿Os habréis marchado vosotros también a esas tierras? Tú partiste sin volver la cabeza, por la ancha estepa adelante, Yamila mía. ¿Estás fatigada? ¿Has perdido la fe en ti misma? Apóyate en Daniar. Que entone para ti su canción, la canción que habla del amor, de la tierra, de la vida. Que la estepa se estremezca, irisada por todos los colores. Recuerda aquella noche de agosto. ¡Ve, Yamila, no te arrepientas, porque has encontrado tu felicidad, aunque sea duro el camino!».

Los contemplo, y escucho la voz de Daniar. Me invita a ponerme en camino, y yo

le obedezco. Iré por la estepa hasta el aíl y encontraré allí nuevos colores. ¡Qué, en cada una de mis pinceladas, resuene la canción de Daniar! ¡Qué palpito, en cada una de mis pinceladas, el corazón de Yamila!



CHINGUIZ AITMÁTOV, nació en la aldea asiática de Kirguizia en 1928. Durante su infancia, entró en contacto con las traducciones orales de su pueblo a través de los relatos que le contaba su abuela. A los dieciséis años ingresó en la Escuela Técnica de Veterinaria y, durante un tiempo, trabajó en un instituto agrícola, así como en otro de investigaciones científicas. En 1956 inició sus estudios de Literatura en Moscú y, desde entonces, ha desarrollado diversas actividades periodísticas y literarias: fue director de la revista *El Kirguistán Literario*, desempeñó la corresponsalía del diario *Pravda en Kirguizia* y ha formado parte del comité de redacción de la revista literaria *Novi Mir*.

La carrera literaria de Aitmatov adquiere dimensión universal a partir de la publicación de su obra *Yamila*, relato breve e inspirado de una historia de amor bellísima.

Entre su amplia producción, se cuentan relatos cortos como *Cara a cara* y *Mi pequeño álamo*, novelas magistrales como *La nave blanca* y *Un día más largo que un siglo* y la excelente prosa poética de *Tierra Madre*. El peculiar talento narrativo y la excepcional sensibilidad de Aitmatov para captar escenarios, ambientes y gentes han sido reconocidos por la crítica y los lectores de todo el mundo.

Además de su trabajo literario, Chingiz Aitmatov fue el embajador de Kirguistán en la Unión Europea, en la OTAN, la Unesco y en los países del Benelux (1990-1994). Fue también el padre del exministro de asuntos exteriores de Kirguistán, Askar Aitmatov.

El 16 de mayo de 2008 sufrió un fallo renal y fue ingresado en el hospital de Nuremberg, donde fallece a los 80 años de edad.

Notas

[1] Aíl: aldea, pueblo. <<

[2] Koljós: hacienda colectiva. <<

[3] Adat: ley establecida por la costumbre, que varía de una tribu a otra. <<

[4] Yurta: especie de tienda de campaña que se utiliza en la vida nomada. <<

[5] Tandır: horno excavado en la tierra, detrás de la casa, con un orificio redondo donde se cuecen tortas. <<

[6] Aksakales: literalmente de barba blanca. Anciano de aíl. <<

[7] Sovioses: tierras del estado. <<

[8] Tulpar: corcel fabuloso. <<

[9] Pud: medida de peso equivalente a 16,38 kgs. <<